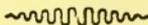


# EL TEATRO.

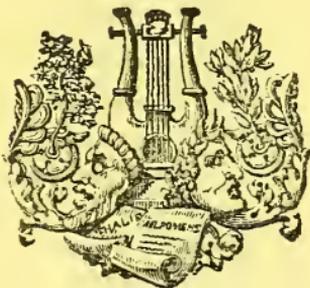
---

COLECCION  
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.



## EL DIABLO LAS CARGA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1860.

# CATALOGO

## de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

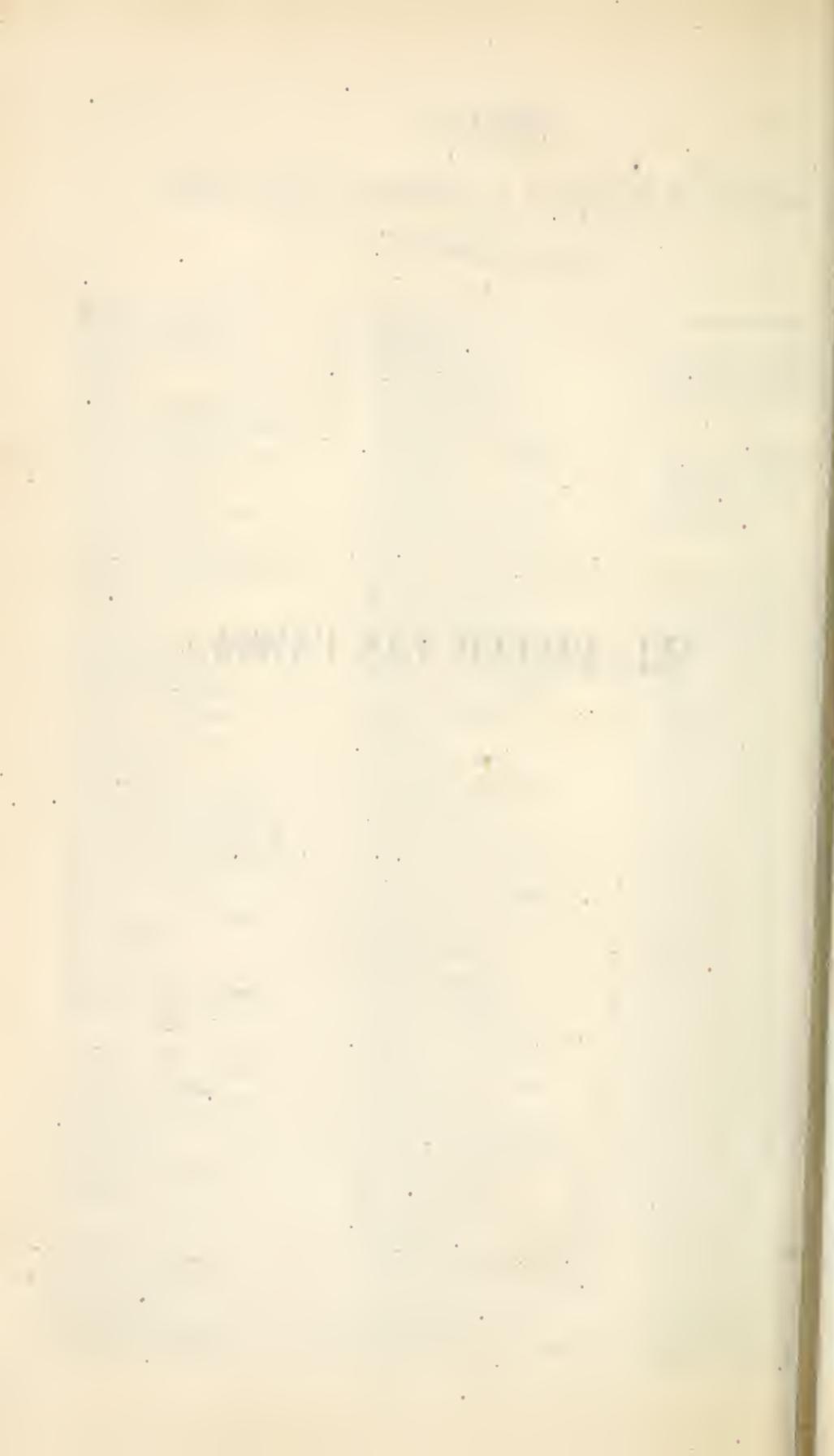
### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
 Amor de antecala.  
 Apelardo y Eloisa.  
 Ahogarse á la orilla.  
 Alarcon.  
 Angela.  
 Afectos de odio y amor.  
 Arcanos del alma.  
 Amar despues de la muerte.  
 Al mejor cazador...  
 Achaque quien las cosas.  
 Amor es sueño.  
 A caza de cuervos.  
 A caza de herencias.  
 Amor, poder y pelucas.  
 Amar por scñas.  
 Al pié de la letra.  
 Antiguos y modernos.  
 Aqui está un moso é verdá.  
 Abnegacion y nobelza.  
 Amores perdidos.  
 Bonito viaje.  
 Boadicca, *drama heróico*  
 Batalla de reinas.  
 Berta la flamenca.  
 Bienes mal adquiridos  
 Baltasar.  
 Barómetro conyugal.  
 Canlzares y Guevara.  
 Cosas suyas.  
 Calamidades.  
 Como dos gotas de agna.  
 Con razon y sin razon.  
 Cómo se rompen palabras.  
 Conspirar con buena suerte.  
 Chismes, parientes y amigos.  
 Con el diablo á cuchilladas.  
 Costumbres politicas.  
 Contrastes.  
 Catiñina.  
 Carlos IX y los Hngonotes.  
 Culpa y castigo.  
 Côte y cortijo.  
 Caza mayor.  
 Carnioli.  
 Cuatro agravios y ninguno.  
 Camino del matrimonio.  
 Duque de Visco.  
 Dos sobrinos contra un tio.  
 De audaces es la fortuna.  
 Dos hijos sin padre.  
 D. Primo Segundo y Quinto.  
 Don Sancho el Bravo.  
 Don Bernardo de Cabrera.  
 Dos artistas.  
 Diego Corrientes, segunda parte  
 Diana de San Roman.  
 D. Tomás.  
 D. Pedro I de Castilla.  
 El amor y la moda.  
 ¡Está loca!  
 En mangas de camisa.  
 El que no cae... resbala.  
 El Niño perdido.  
 El Hipócrita.  
 El Cura de aldea.  
 El querer y el rascar....  
 El hombre negor.

El fin de la novela.  
 El filántropo.  
 El hijo de tres padres.  
 Esperanza.  
 El anillo del Rey.  
 El caballero leudal.  
 ¡Es un ángel!  
 Espinas de una flor.  
 El 5 de agosto.  
 El escondido y la tapada.  
 El Licenciado Vidriera.  
 ¡En crisis!!!  
 El Justicia de Aragon.  
 El Caballero del milagro.  
 El Monarca y el Judío.  
 El rico y el pobre.  
 El beso de Judas.  
 Echarse en brazos de Dios.  
 El atina del Rey Garcia  
 El alan de tener novio.  
 El juicito público.  
 El sitio de Sebastopol.  
 El todo por el todo.  
 El gitano, ó el hijo de las Alpu-  
 jarras.  
 El que las da las toma.  
 El camino de presidio.  
 El honor y el dinero.  
 El hijo prodigo.  
 El payaso.  
 El amor y el interés.  
 Este cuartio se alquila.  
 El Patriarca del Turia.  
 El rey del mundo.  
 Esposa y mártir.  
 El pan de cada dia.  
 El mestizo.  
 El diablo de Amberes  
 El ciego.  
 El ultimo vals de Weber.  
 El traspaso.  
 Escenas nocturnas.  
 El laberinto.  
 El gitano aventurero.  
 El solleron.  
 El vértigo de Rosa.  
 Echar por el atajo.  
 El reloj de San Plácido.  
 El clavo de los maridos.  
 El bello ideal.  
 El hongo y el miriñaque  
 El rey de bastos.  
 El protegido de las nubes.  
 ¡Es una malva!  
 En Ceuta y en Marruecos.  
 El movimiento continuo.  
 El marqués y el marquésito.  
 Furor parlamentario.  
 Fattas juveniles.  
 ¡Flor de un dia!  
 Flor marchita.  
 Funesta casualidad.  
 Grazalema.  
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
 ahijado de todo el mundo.  
 Glorias de Espana, ó conquista  
 de Lorca.  
 Glorias mundanas.  
 Historia china.  
 Hacer cuenta sin la huésped.  
 Herencia de lagrimas.

Honrado y criminal á  
 Instintos de Alarcon  
 Indicios vehementes  
 Isabel de Médicis.  
 Jaime el Barbudo.  
 Juan sin Tierra.  
 Juan sin Pena.  
 Jorge el artesano.  
 Juan Diente.  
 José Maria.  
 Los Amantes de China  
 Lo mejor de los dados.  
 Los dos sargentos  
 la linda vivandera  
 Los dos inseparables  
 La pesadilla de un  
 La hija del rey René  
 Los extremos.  
 Los dedos huéspedes  
 Los éxtasis.  
 La posdata de una ca  
 Lluven hijos.  
 La mosquita muerta  
 La hidrofobia.  
 La choza del almadr  
 Los patriotas.  
 Los Amantes de Teru  
 La verdad en el Esp  
 La Banda de la Conde  
 La Esposa de Sanctu  
 La boda de Quevedo  
 La Creacion y el Dilu  
 La Gloria del arte.  
 La Gitanilla de Mad  
 La Madre de San Fern  
 Las Flores de Don Ju  
 Las Apariencias.  
 Las Guerras civiles.  
 Lecciones de Amor.  
 Las dos Reinas.  
 La libertad de Flore  
 La Archiduquesita.  
 Las Prohibiciones.  
 La escuela de los am  
 La escuela de los pe  
 La bondad sin la ex  
 La escala del poder.  
 Las cuatro estacion  
 La vida de Juan So  
 Las querellas del Re  
 La oracion de la tar  
 La llave de oro  
 La Providencia.  
 Los tres Banqueros.  
 Las huérfanas de la  
 La cruz en la sepult  
 La ninfa Iris.  
 La dicha en el bien  
 Los tres amores.  
 La mujer del pueblo  
 Las carcajadas.  
 Las bodas de Camac  
 La Cruz del misterio  
 La pluma y la espada

**EL DIABLO LAS CARGA.**



# EL DIABLO LAS CARGA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

**D. FRANCISCO CAMPRODON.**

MÚSICA DEL MAESTRO

**D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.**

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9

1860.

REVEREND THE CHURCH

OF THE

Á MI QUERIDA HIJA,

EMILIA CAMPRODON.

*Recuerdo de cariño de su papá*

S. Campodon.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY

PHILOSOPHY

PHILOSOPHY

## AL ESCRUPULOSO CRÍTICO.

---

Si me das la noticia, de que al casarse Doña Ana de Austria, Felipe IV no era rey y sí un niño de ocho ó diez años, te contestaré que ya lo sabia: solamente que conviniendo á mi propósito el que estuviesen como yo les presento, y no siendo esta obra ninguna cátedra de historia, me he tomado esta libertad sin contar con tu permiso, porque para llenar mi objeto me sobraba con el mio.

EL AUTOR DEL ARREGLO.

**PERSONAS.****ACTORES.**

DOÑA ANA DE AUSTRIA.	SRA. SANTAMARIA.
MARIA, jardinera.....	SRTA. MURILLO.
FELIPE IV.....	SR. CUBERO.
CONDE DE ALAR.....	SANZ.
DOCTOR VARNER.....	CALTAÑAZOR.
CORTESANO 1.º.....	N. N.
IDEM 2.º.....	N. N.
DEVONSHIRE, criado in- glés.....	N. N.
UJIER.....	N. N.

Damas y caballeros de la corte de Felipe IV.

*La propiedad del libreto de esta zarzuela, la de*

El Dominó azul.	El Relámpago.
Los Dismantes de la Corona.	La Jardinera.
Tres para una.	Por conquista.
Guerra á muerte.	Un Pleito.
Marina.	Beltran el aventurero.
El Vizconde.	Un Cocinero.
El Diablo en el poder.	¡Quien manda mandall
El Lancero.	El último mono...
Juan Lanás.	El zapatero y el banquero.

*y la de los dramas*

Flor de un dia.	Libertinaje y pasion.
Espinas de una flor.	Una ráfaga.

*pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los correspondientes de la galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa los jardines del palacio de Aranjuez. Cinco grandes cenadores, el palacio en el fondo, la puerta en frente del cenador de en medio.

### ESCENA PRIMERA.

Gran mesa de almuerzo, en la cual aparecerán sentados el CONDE DE ALAR, primera figura, derecha, el CORO y el DOCTOR, primera figura izquierda. Al levantarse el telon todos los caballeros con la copa en la mano vienen á la boca-escena, menos el Doctor, que continúa tranquilamente comiendo. Traje de campo. Muchos criados, entre ellos DEVONSHIRE, que es el del Doctor.

CORO. Vaya otro brindis, que la mañana  
sopla fresquita y hay que brindar:  
es una planta la vida humana  
que con buen vino se ha de regar.  
Estos jardines afortunados  
tienen el Tajo para Aranjuez,  
mientras nosotros mas desdichados  
solo tenemos Chipre y Jerez.

Venga otra vez.

Si es cierto que con vino  
viene la inspiracion,  
hoy damos quince y falta  
al mismo Calderon.

Con unas cuantas copas

de este cordial licor  
un tartamudo  
se hace orador.

CONDE y CORO. Puesto que estamos bebiendo  
de la bodega del Rey,  
y de su mesa nos brinda  
en el jardín de Aranjuez,  
en buena ley  
toda la grey  
para empezar  
debe brindar  
á la fortuna del Rey.

---

**HABLADO.**

CONDE. Ruego al coro que recuerde  
que por halagar la oreja,  
olvida el refran de «ovejuna  
que bala, bocado pierde.»

CORO. Es verdad. (Van á sentarse.)

CONDE. Mirad si no,  
al Doctor francés, mirad  
con qué estóica gravedad  
la comida prosiguió.  
No le dan ningun placer  
los cánticos que entonamos.

DOCT. Tambien en Francia cantamos;  
pero es despues de comer.

TODOS. Bravo, Doctor.

DOCT. Entre tanto,  
noble Conde, reparad  
que os imito en la mitad;  
yo bebo, pero no canto.  
(Al Criado.)  
Devonshire, vino.

CRIADO. Yes.

CONDE. ¡Lacónico servidor!

DOCT. Por ser menos hablador,  
tengo mi criado inglés.

CONDE. Decid, Doctor...

DOCT. ¿Qué se ofrece?

CONDE. ¿Por qué circunstancia extraña viene á visitar la España el médico de Luis trece?

DOCT. Me ha mandado expresamente á Madrid su majestad, á estudiar la enfermedad que hoy aflige al continente.

CONDE. ¿La de empleos?

DOCT. No, señor; las viruelas.

CONDE. Vaya en paz: mas, aunque sois muy sagaz, esa no cuela, Doctor. Alguna mira en la córte disfrazais con mil cautelas: nadie expone á las viruelas la cara de su consorte con belleza y juventud: ese estudio es un pretexto; ¿quereis decirnos el resto?

DOCT. (Cogiendo la copa y bebiendo luego.) Querido, á vuestra salud.

CONDE. Gracias.

CORT. 1.<sup>o</sup> Vamos á beber cada cual por sus amores. Brindo á los míos, señores.

DOCT. Yo brindo por mi mujer. (Beben.) Y el noble conde de Alar, mimado de la fortuna, ¿no echa un brindis por alguna?

CONDE. No tengo por quien brindar.

DOCT. Con nobleza, juventud y todo el favor de un Rey ¿no hay una que os tenga ley?

CONDE. (Cogiendo la copa y bebiendo luego.) Doctor, á vuestra salud. (Bebe.) Ya veis que os imito un poco; si no en talento, en prudencia.

DOCT. Pero con la diferencia de que yo no me equivoco.

CONDE. Doctor, en cosas de amores ni aun á los ojos deis fé.

DOCT. Pronto os lo demostraré.

CONDE. Felipe cuarto, señores.

## ESCENA II.

DICHOS y FELIPE IV, del palacio. Traje de campo. Al entrar el Rey todos se levantan. Durante esta escena los crindos retiran la mesa.

REY. Quietos, quietos; proseguid  
en la holgura mas completa.

Caballeros, la etiqueta  
la hemos dejado en Madrid.

¿Qué es lo que haciais?

DOCT. Brindar

en términos muy discretos,  
por los amores secretos  
del noble conde de Alar.

REY. (Con intencion.)

¿Y le hicisteis los honores  
de brindar vos tambien?

DOCT. Pues,

como yo no sé quién es.

REY. (Ya se conoce.) Señores,

concluido mi trabajo  
vengo á gozar de la fiesta:  
para esta tarde hay dispuesta  
una pesquera en el Tajo.  
Luego habrá baile tambien  
en el salon de verano.

DOCT. Sois, señor, un soberano  
que emplea el tiempo muy bien.

REY. Gracias. Habrá muchas bellas,  
los anzuelos preparad.

CORT. 1.º Nos pescará su beldad.

REY. Las pescadas serán ellas.

CONDE. Tendremos merced muy alta,  
gran señor, en concurrir...

REY. (Con marcada frialdad.)

Si no queréis asistir,  
conde de Alar, no haceis falta.

(El Conde hace una cortesía y se retira.)

CORT. 1.<sup>o</sup> (Bajo á los demas.)  
¿Habeis oido? Al atleta  
le abandonó la fortuna.

OTRO. (Id.) Ya no cabe duda alguna,  
está en desgracia completa.  
(Váanse todos menos el Doctor y el Rey.)

### ESCENA III.

DOCTOR y el REY.

REY. Algunos han sospechado  
al veros, Doctor querido,  
que á mi córte os ha traído  
algun negoció de Estado,  
y que las viruelas son  
un inocente pretexto.

¿Qué es lo que opinais vos de esto?

DOCT. Que pueden tener razon.

REY. Y viviendo en casa mia,  
¿no me lo confiareis?

DOCT. Señor, todo lo sabreis,  
mas no es tiempo todavia.

REY. En hora buena; no quiero  
insistir sobre este punto.

DOCT. Pues, hablando de otro asunto  
estuvisteis muy severo  
hoy con el conde de Alar.

REY. Y me sobra la razon.

DOCT. Tal vez alguna traicion...

REY. Y una traicion ejemplar.

DOCT. Y parece un jóven fino,  
leal, valiente y resuelto.

REY. Y lo es; pero se ha vuelto  
un completo libertino,  
que sin respeto al pudor  
fijar sus miradas osa  
en una mujer hermosa,  
cuyo honor es vuestro honor.

DOCT. ¿En mi mujer? No he notado...

REY. Pues yo si que lo noté.

DOCT. Calmaos; no hay para qué

- tomaros este cuidado.
- REY. Comprendo que su proyecto  
os debe encender en ira.
- DOCT. Maldito si me la inspira;  
no, señor, no me hace efecto.
- REY. Sabeis que me maravilla...
- DOCT. No os maraville, señor,  
pues yo creo que su amor  
es la infanta de Castilla.
- REY. Doctor, meditad un poco  
vuestra atrevida asercion.
- DOCT. Yo tengo la pretension  
de que nunca me equivoco.
- REY. Pues bien, para suponer  
en ella un amor profundo,  
¿en qué os fundais?
- DOCT. Yo me fundo  
en que Ana de Austria es mujer.  
Él respira en vuestro espacio,  
es jóven, de noble esfera;  
no se le sabe amor fuera,  
luego le tiene en palacio.
- REY. (Si llegara á suceder,  
¡vive Dios!) Sois muy audaz.
- DOCT. Señor, yo os escuché en paz  
y hablabais de mi mujer,  
que al cabo ya era el asunto  
bastante más delicado.
- REY. Doctor, vivis fascinado.
- DOCT. No lo creo, y hago punto.  
La infanta viene aqui ahora:  
si os dignais salir conmigo  
á convenceros me obligo.
- REY. ¿Dónde?
- DOCT. Aqui mismo.
- REY. En buen hora.

(El Doctor y el Rey se internan en el jardin por la parte opuesta á la que viene Doña Ana.)

---

## ESCENA IV.

DOÑA ANA con sus damas, á las cuales señala que vayan á coger flores, quedando sola.

### MUSICA.

Qué gratos ecos  
murmuradores,  
qué dulce ambiente  
respiro aqui:  
su aroma esparcen  
las tiernas flores  
para decirme  
que vá á venir.  
Contadle, oh céfiros,  
que yo le quiero,  
que amando vivo,  
sin verle muero;  
que es el amarle mi bien mayor;  
que rasgaria mi régia púrpura  
para probarle mi inmenso amor.

Triste y funesta  
cuna real,  
que mi dicha toda  
vienes á matar,  
siquiera al alma  
deja su fé,  
deja la esperanza  
de vivir por él.

Tu esplendor  
sin amor  
es fatal,  
es cruel;  
déjame trocarlo  
por vivir con él.  
Donde él vaya,  
donde él viva,  
aunque alcance  
suerte esquiva,  
si allí brilla su mirada,

si allí jura amarme fiel,  
de la Infanta de Castilla  
el amor irá con él.

ESCENA V.

DICHA, el REY y el DOCTOR.

HABLADO.

REY. ¿Vos por el jardín, doña Ana?

ANA. Abandoné mi aposento  
para aspirar un momento  
el aire de la mañana.

(En este momento aparece por entre los árboles de la derecha el Conde de Alar; pero se retira al momento que vé al Rey y al Doctor, que estarán de espaldas á él, apercibiéndolo tan solo la infanta Doña Ana.)

ANA.

(Él.)

DOCT.

(Al Rey.)

Vereis cuán prontamente,  
señor, en un breve instante;  
las rosas de su semblante  
palidecen de repente.

REY.

Haced la prueba, pardiez.

DOCT.

(Á la Infanta.)

La infanta seguramente  
no sabe el triste accidente  
ocurrido en Aranjuez.

ANA.

¿Un accidente?

DOCT.

Si tal;

un jóven valiente y loco  
que ha tenido, hace muy poco,  
una caída mortal.

El caballo le arrastró  
hasta las brozas del río  
y le ha hecho trizas.

ANA.

¡Dios mio!

DOCT.

Y el infeliz sucumbió.

ANA.

¿Quién es ese desdichado?

DOCT.

El pobre Conde de Alar.

- ANA. ¿Estais cierto?  
DOCT. Á no dudar.  
ANA. Pues Dios le haya perdonado.  
DOCT. Muy raros tipos se ven  
de mozos de su talento.  
ANA. ¡Pobrecillo! yo lo siento,  
porque bailaba muy bien.
- 

**MÚSICA.**

- REY. ¿Qué opinais, Doctór?  
¿Qué me respondeis?  
DOCT. Que me he equivocado  
por primera vez.  
ANA. (Si el secreto mio  
quiere sorprender,  
dentro de mi pecho  
yo le esconderé.)  
DOCT. (Solo falta ahora,  
voto á Lucifer,  
que su amor oculto  
fuese mi mujer.)  
REY. (Ya no hay duda, ya no hay duda,  
está claro como el sol  
que dirige sus ataques  
á la esposa del Doctor.)  
DOCT. (Yo me ofusco, yo confieso  
que le sobra la razon  
al que dice que en España  
no son cuatro dos y dos.)  
ANA. (No le bastan sus ardides  
al astuto embajador  
para ver en mi semblante  
lo que oculta el corazon.)
- 
- REY. Extraño mucho, hermana,  
que un alma juvenil  
conceda tan escasa  
piedad á un infeliz.  
ANA. Mil veces mis amigas  
me oyeron repetir,

que sus calaveradas  
tendrian un mal fin.  
DOCT. (Perdido tengo el hilo,  
no sé lo que es de mí.

No sé qué vértigo  
me agita cruel,  
presiento una catástrofe  
que alcance á mi mujer.  
Bramo de cólera,  
temiendo estoy  
que en vez de la otra víctima  
la víctima soy yo.)  
REY. (Perdió la brújula  
el buen francés,  
el Conde sin escrúpulos  
le ataca en su cuartel.  
El lance es crítico,  
pobre Doctor,  
su genio diplomático  
se luce como hay Dios.)

ANA. (Para penetrar  
en mi corazon  
no hay en Salamanca  
quien lo enseñe, no.  
Lee solo en él  
letras de pasion  
el mortal querido  
que me inspira amor.)

---

**HABLADO.**

REY. Aunque no os afligió mucho  
esa supuesta desgracia,  
os prevengo, hermana mia,  
que solo ha sido una chanza  
del Doctor.

ANA. ¿Esas tenemos?

REY. El buen Doctor se empeñaba  
en que vuestro corazon  
ardía en ócultá llama

por el Conde.

ANA.

¡Cómo!

DOCT.

Es cierto,

pero os ruego, bella Infanta,  
que me perdoneis mi error.

ANA.

Doctor, en la diplomacia  
los errores, ya sabeis  
que comprometen la fama.  
Cuidado con otro error.

DOCT.

Discúlpennme vuestras gracias,  
que por ser tantas, señora,  
no creo que exista un alma  
que impunemente las mire  
sin quedar de ellas esclava.

ANA.

Eso á lo mas, probaria  
que son muchos los que me aman;  
pero no veo que pruebe  
el que yo esté enamorada.

DOCT.

Tiene razon vuestra alteza;  
me olvidaba que las damas  
que nacieron para reinas  
nunca pueden ser vasallas.

ANA.

En buen hora. La salida,  
si no es buena, es delicada.  
Adios, Doctor. Mi señor...

DOCT.

¿Podré merecer, doña Ana,  
el honor de acompañaros  
hasta encontrar á las damas?

(La Infanta toma el brazo del Doctor, con el cual sale  
por el fondo izquierda.)

## ESCENA VI.

El REY, solo.

¡Hé aquí un hombre de talento,  
pero marido! Pardiez,  
por mas que le abra los ojos,  
él empeñado en no ver.  
Y el Conde, á quien yo distingo  
con el cariño mas fiel,  
tener valor en mi córte...  
mas yo le escarmentaré.

ESCENA VII.

DICHO y el CONDE.

CONDE. Señor...

REY. No puedes llegar  
á tiempo mejor.

CONDE. Estoy  
á vuestras órdenes.

REY. Voy,  
señor Conde, voy á hablar.  
¿Paréceos bien, vive Dios,  
que sin respeto á la fama  
no haya en mi córte una dama  
que uo la persigais vos?  
¿Paréceos bien, caballero,  
ocultarme una pasion,  
faltando á toda atencion,  
no ya al Rey, al compañero,  
ó creeis que de este modo  
os librareis del castigo?

CONDE. Yo, señor...

REY. Callad, os digo,  
que hablo yo.

CONDE. (Ap.) Lo sabe todo.

REY. ¿Qué razon para ese exceso  
á vuestro Rey podeis dar?

CONDE. Si es un delito el amar,  
me enamoré, lo confieso.

REY. ¿No visteis que era vedada  
para vos esa pasion?

CONDE. Señor, cuando el corazon  
se ciega, no se vé nada.

REY. Pues yo, Conde, he prevenido  
un freno á vuestros antojos,  
y para abrirle los ojos  
he avisado á su marido.

CONDE. ¿Á su marido?

REY. Si tal.

CONDE. (Ap.) Nada sabe.

REY. Y he de ver

si así os obligo á tener  
mas respeto á la moral.  
No permito ni tolero  
que conspireis cara á cara  
contra un hombre á quien ampara  
su calidad de extranjero.  
Con que tenedlo entendido.

CONDE. ¿De quién me habláis?

REY. Del Doctor.

CONDE. Si yo en mi vida, señor,  
á su mujer he querido.

REY. No te me vengas mintiendo:  
¡si yo te conoceré!

CONDE. Os lo juro por mi fé.

REY. ¿De veras?

CONDE. (Con malicia.) ¡Ah! ya comprendo.

REY. Cuidado, Conde, cuidado  
con reticencias; ¿estás?

CONDE. ¡Permitirme yo!... Jamás.

REY. Es que eres muy mal pensado.

CONDE. ¿De un monarca tan severo  
creeis que yo sospechara,  
contra un hombre á quien ampara  
su calidad de extranjero?

REY. Bien, bien; dejemos á un lado  
el fuero de extranjería.

Dime, ¿á quién se referia  
ese amor de que has hablado?

CONDE. Á cierta pasión fatal  
que me hace vivir sufriendo.

REY. Comprendo, amigo, comprendo;  
algun amor desigual.

CONDE. Se me opone mi familia  
y no cederá jamás.

REY. Pues recurre á mí y verás  
como todo se concilia.

Si la quieres por consorte  
y la adoras como dices,  
os caso, os hago felices,  
y la traes á mi córte.

CONDE. Gracias.

REY. Adios: en castigo

de una cierta reticencia  
te impongo por penitencia  
venir á pescar conmigo.  
Ya sabes que soy un niño  
en mis afecciones, Conde:  
si tu alma me corresponde,  
págame bien mi cariño. (Váse.)

### ESCENA VIII.

EL CONDE, solo.

Del honor la dura ley  
mata mi esperanza en flor.  
Es un delirio este amor,  
es una falta á mi Rey.

### ESCENA IX.

DICHO y la INFANTA.

ANA. Al fin os veo.  
CONDE. ¡Sois vos!  
Permitidme que de hinojos...  
ANA. Ved que el Rey tiene los ojos  
fijos en nosotros dos.  
Sé que el Doctor nos acecha  
con insistencia importuna,  
aunque tuve la fortuna  
de disipar su sospecha.  
Conde, yo no os puedo amar,  
y os amo á pesar de todo;  
si me amaseis de igual modo...  
CONDE. ¡Y vos lo podeis dudar!  
ANA. Pues bien, Conde, si es así,  
un sacrificio conviene:  
hoy toda la córte tiene  
fijos los ojos en mí.  
Las acciones mas sencillas,  
faltas en la Infanta son:  
fingid cualquiera pasion  
que dé pasto á sus hablillas:

- cualquiera galante incidente  
que su atencion satisfaga.
- CONDE. ¿Si viéreis cuán poco halaga  
fingir lo que no se siente!
- ANA. En una mujer, lo sé;  
porque es mas puro su amor.  
Con la esposa del Doctor  
no os costaba mucho á fé.
- CONDE. Mi alma á vuestro amor sujeta  
vuestra órden obedeci6;  
dijisteis basta, y bast6.
- ANA. Tuve miedo, es muy coqueta.
- CONDE. ¿Quereis que hable á la de Luna?
- ANA. De ningun modo, es muy bella.
- CONDE. ¿Quereis que hable á la de Estella?
- ANA. Á esa menos que á ninguna.
- CONDE. ¿Á la de Uceda?
- ANA. ¡Estais loco!
- CONDE. ¿Á la de Aguilar si no?
- ANA. No.
- CONDE. ¿Á la de Medina?
- ANA. No.
- CONDE. ¿Á la de Feria?
- ANA. Tampoco.
- CONDE. ¿Á la duquesa de Utrera?
- ANA. Justo, por mortificarme.
- CONDE. Si os dignaseis indicarme...  
á cuál quereis?...
- ANA. Á cualquiera.
- CONDE. Pero nombrad una.
- ANA. Hay cien.
- CONDE. Cierto: mas voy reparando  
que al ir las enumerando  
ninguna os parece bien.
- ANA. Porque cuando las hablais  
lo haceis con una aficion...
- CONDE. (Ap.) Puede que tenga razon.
- ANA. Que creo que me olvidais.  
¡Y extrañais que cuando peno  
todas me inspiren desvio!  
Para ahorcarse, amigo mio,  
nunca se encuentra árbol bueno.

- CONDE. Pues dignaos señalar  
aquella que deba ser,  
y obedezco.
- ANA. Una mujer  
que no os pueda interesar.
- CONDE. Entonces venced, por Dios,  
vuestros recelos fatales,  
que todas me son iguales  
allí donde no estais vos.  
Os lo juro.
- ANA. Dios lo quiera.
- CONDE. Creo que se acerca alguno.
- INF. Nunca falta un importuno.

### ESCENA X.

DICHOS, y MARIA, con una cesta de flores, que deja al entrar,  
tomando solo un ramo de ella.

- ANA. ¿Quién eres?
- JARD. La Jardinera.

---

### MUSICA.

- Vuestras damas buscan flores  
y no saben encontrar,  
he cogido las mejores  
y os las vengo á presentar.  
Guardadlas bien,  
que es rico don;  
pintadas son  
del pincel de Dios.  
Y si han de ser  
de un serafin,  
todo el jardin  
ha de ser de vos.
- CONDE. Pues dice bien,  
que es rico don, etc.
- ANA. Y en premio fiel  
de amor sin fin,  
todo el jardin .

JARD. partiré con vos.  
Si riqueza y atavio,  
gran señora, apeteceis,  
de las perlas del rocío  
esmaltadas las teneis.

---

**HABLADO.**

ANA. Gracias, niña, gracias; ¿sabes  
que es un ramo muy bonito?  
¿Cómo te llamas?

JARD. Maria.

ANA. Pues nunca te habia visto  
en el jardin.

CONDE. Yo tampoco.

JARD. No hace mucho que vinimos.  
Mi padre ha servido al Rey,  
y por sus buenos servicios  
y heridas, que tiene muchas,  
le hicieron guarda del sitio.

ANA. Nada mas justo.

CONDE. En efecto.

ANA. Pues súbeme un canastillo  
de flores todos los dias,  
y en cambio de ellas me obligo  
á hacer tu suerte.

JARD. ¿De veras?

Pues entonces me ha salido  
al pié de la letra todo  
lo que la gitana dijo.

ANA. ¿Qué gitana es esa?

JARD. Es una  
que en pagando bien su oficio,  
adivina el porvenir:  
y para saber el mio  
mejor, pagué adelantado.

CONDE. Distes el golpe decisivo.

JARD. (Á la Infanta.)  
¿Verdad que si?

ANA. (Sonriendo.) Ya lo creo.

CONDE. (Bajo á la Infanta.)

- ANA. Es de alcornoque macizo.  
¿Y qué te vaticinó?
- JARD. Que hallaría un buen partido,  
y que me saldría un novio...
- CONDE. Conde ó marqués.
- JARD. Eso mismo.
- ANA. Vamos á ver si sabrias  
hacerme un ramillete  
igual á este.  
(Mostrándole el ramillete que trae en el seno.)
- JARD. Al momento.  
(Se retira á un lado á hacer el ramillete.)
- ANA. Conde, aqui teneis un tipo  
para llamar la atencion.
- CONDE. ¿De qué modo?
- ANA. Muy sencillo.  
¿No me pediais há poco  
que yo os designara un ídolo  
para engañar á la córte?
- CONDE. Cierito.
- ANA. Pues ya os le designo:  
esa niña.
- CONDE. ¿Estais en vos?  
Voy á ponerme en ridículo.
- ANA. Con esto, Conde, tendrá  
mas mérito el sacrificio:  
sé que es costoso, tal vez  
no lo valga el amor mio.
- CONDE. ¡Pero si es una palurda!
- ANA. ¿Pues qué quereis? ¿Los hechizos  
de alguna que os interese?
- CONDE. Estais injusta conmigo,  
sabiendo que sois vos sola  
la reina de mi albedrio.
- ANA. Pues no habiéndola de amar  
cualquiera sirve lo mismo.
- CONDE. Haré lo que me mandeis.
- ANA. Pensad que nuestro destino  
pende quizás de este error.  
Si Dios, Conde, tiene escrito  
benedicir el casto amor  
de doña Ana, mi cariño

reconocerá la deuda  
de esé corto sacrificio.

CONDE. ¿Pero quién quereis que crea  
en tan absurdo amorio?

ANA. Toda la córte. En cuanto á eso  
no os preocupe en lo mas mínimo.  
¿No sabeis que aqui lo absurdo  
es el plato favorito?

CONDE. Pero ¿cómo se consiguè  
que circule, y llegue á oidos?...

ANA. No temais, yo cuidaré  
que os sorprenda algun testigo,  
que al decirlo con reserva  
lo sepan todos hoy mismo.

CONDE. No alcanzo... pero obedezco  
sin replicar.

JARD. (Acercándose con el ramillete hecho.)  
Ya está listo.

Y que es digno de una reina:  
y como vos de preciso  
lo sereis...

ANA. (Vivo al Conde ) Dios no lo quiera.

JARD. Puesto en vos, está en su sitio.

ANA. Gracias: espérate aqui.

(Al Conde, quitándose el ramo de flores artificiales  
que lleva en el seno.)

Si algun dia, amigo mio,  
necesitais que Ana de Austria  
haga algun gran sacrificio  
en pago del que hoy le haceis,  
presentadle este ramito,  
que fia á vuestra lealtad  
como prenda de cariño;  
y os dá su real palabra  
que será reconocido.

CONDE. ¡Ah señora!

ANA. (Bajo.) Sed prudente.  
Adios, Conde, en vos confio.

(Váse, y al irse deja el abanico en la mesa del segun-  
do cenador izquierda.)

ESCENA XI.

CONDE, JARDINERA.

- CONDE. Mi corazon se enardece  
al contemplar su hermosura.  
Mi amor es una locura,  
pero el riesgo la ennoblece.  
Y al despertar de este ensueño  
de célicos resplandores,  
¿quién le vá decir amores  
á este pedazo de leño?  
Á ello.  
(Á la Jardinera, que se ha quedado retirada.)  
¿Niña?
- JARD. Señor.
- CONDE. Hace buen tiempo, ¿eh?
- JARD. Muy bueno.
- CONDE. En efecto, está sereno,  
no hace frio ni calor.
- JARD. Cierto.
- CONDE. Yo te quiero hablar.
- JARD. Pues bien solitos estamos.
- CONDE. ¿Si? Pues... el caso es que... (vamos,  
no sé por dónde empezar.)
- JARD. ¿Qué caso es ese?
- CONDE. (Ap.) Y no es fea.  
(Á ella.) Un caso raro.
- JARD. Decid,  
pues, el caso.
- CONDE. (Ap.) Abí está el quid,  
que no me ocurre una idea.
- JARD. ¿Habeis echado en olvido?...
- CONDE. ¿Qué cosa, perla de España?
- JARD. ¿Aquella pobre cabaña  
en que os cuidaron herido  
dos años há?
- CONDE. ¿Y dónde fué?
- JARD. En el bajo Aragon era.  
Y yo fui vuestra enfermera.
- CONDE. (Soy feliz, ya tengo pié.)
-

**MUSICA.**

Si tú supieras, niña bonita,  
que desde entonces que allá te ví,  
sin saber cómo, con fuego escrita  
llevo tu cara grabada aquí.

JARD. ¿Si?

CONDE. Si tú supieras qué cruda guerra  
tus negros ojos dó quier me dan;  
por la ternura que tu alma encierra  
me aceptarías por tu galan.

JARD. Oh Dios, mi sueño  
se realizó,  
lo mismo siente  
que siento yo.

CONDE. Si lo que siento  
sientes tambien,  
bendita seas

por siempre, amen.

JARD. ¿Es de verdad, señor,  
que os acordais de mí,  
que me teneis amor?

CONDE. Pues claro está que si.

JARD. El son de aquel laud  
que suena en mi balcon,  
¿seriais vos quizás?...

CONDE. Si tal, si tal, soy yo.

JARD. ¿Y aquella celestial,  
dulcísima cancion  
que suena en el jardin...

CONDE. Si tal, tambien soy yo.

(Ap., al ver que está el Doctor acechando por entre los árboles.)

Está en acecho un prójimo,  
forzoso es apretar  
para que tenga el médico  
un chisme que llevar.

(A Maria.)

Si, Maria, si, lucero;  
con el alma yo te quiero;  
de mi vida dolorida,

de mi pena ten piedad:  
ese talle, que bien haya,  
y el donaire de tu saya  
me han cegado, me han llevado  
á que adore tu beldad.

JARD. Por su acento, desarmada,  
yo me siento enamorada,  
su ternura me asegura  
mi mortal felicidad:  
fué mi gloria su memoria,  
¡quién creyera que pudiera  
cautivarle y agradarle  
mi pobreza y humildad!

## ESCENA XII.

DICHOS y el DOCTOR, asomando.

DOCT. Al taimado tan callado  
en el nido le he cogido:  
su secreto por completo  
tengo en plena propiedad.  
Con el genio y eficacia  
de mi astuta diplomacia,  
sin tardanza, y en confianza,  
lo sabrá su majestad.

---

### HABLADO.

DOCT. (Acercándose á los otros.)  
Muy bien, señores.

JARD. ¡Oh, Dios!

DOCT. ¿Vengo tal vez á estorbar?

CONDE. No. Le pedía á esta niña  
un ramo de flores.

DOCT. Ya:  
¿con que esta niña dá flores?

JARD. (Al Conde.)  
Si nos ha oído, es capaz  
de decirlo á todo el mundo.

CONDE. No importa, déjale estar.

DOCT. (Ap.) Hé aqui otro problema contra toda probabilidad; y, no obstante, es positivo. ¡Qué país tan singular! Aquí es moneda corriente el absurdo universal.

### ESCENA XIII.

DICHOS, el REY, ANA, CORO DE CORTESANOS y DAMAS.

DOCT. (Corriendo á la Infanta y al grupo de Damas y Caballeros.)

¡Lo que he descubierto acá!

DAMAS. (Con curiosidad.)

¿Qué es? ¿Qué es?

DOCT. ¡Una friolera!

Que el Conde y la Jardinera hacen los tórtolos.

TODOS. ¡Cá!

CONDE. ¡Qué cara de buen humor trae vuestra majestad!

REY. (Ap. al Conde.)  
Hallé por casualidad á la mujer del Doctor, y, sin saber de qué modo, la he invitado por cumplido á pescar.

CONDE. ¿Y su marido?

REY. Nada sabe.

DOCT. (Pasando á tiempo junto al lado del Rey y al oído.)  
Lo sé todo.

REY. ¡Cómo!

DOCT. Lo de esta mañana, lo he averiguado despues: la pasión del Conde no es ni mi mujer ni doña Ana.

REY. ¡Ah!

DOCT. Es aquella Jardinera que está retirada allí.

J.R. ¡Dios mío! le habla de mí.

DOCT. Les cogí en la ratonera.

- REY. No puede ser.  
CONDE. (Ap. á la Infanta.) He cumplido  
vuestro mandato, señora.  
ANA. No os acerqueis á mí ahora,  
idos con ella.  
DOCT. (Siguiendo hablando al Rey.)  
Lo he oído.  
JARD. ¡Dios mio, si habré hecho mal!  
DOCT. Loco está por la villana.  
REY. Él me ha hablado esta mañana  
de cierto amor desigual...  
DOCT. Pues ahí teneis la prueba.  
UNO. (Hablando con el Coro.)  
Como queria á esa chica,  
esto su silencio explica.  
ANA. (Ap.) Pronto correrá la nueva.
- 

**MUSICA.**

- CORO. (Á grupos y con misterio.)  
Esa muchacha de tosca facha  
ha conseguido  
al Conde cautivar.  
Nos lo han contado muy reservado,  
es un secreto  
que no ha de circular.  
DOCT. ¡Oh qué placer! No es mi mujer  
á la que el Conde  
pretende enamorar.  
Solo fui yo quien consiguió  
su gran secreto  
astuto penetrar.  
REY. (Al Conde.)  
Conde, ya ves que fui cortés:  
á él solamente  
queria yo invitar.  
¡Cómo ha de ser! Vá su mujer.  
¡Sea por Dios!  
Iremos á pescar.  
CONDE. ¡Oh, qué hablador es el Doctor!  
Pronto mi amor

ha idó á divulgar.  
Por toda ley, creo que el Rey,  
pues lo ganó,  
un lauro le ha de dar.

ANA. (Sin mengua del decoro  
podré decirle ahora  
que le amo, que le adoro  
con ciego frenesí:  
sin mengua de mi fama  
podré guardar mi llama,  
llevando su memoria  
grabada siempre aqui.)

JARD. (Me miran ¡ay! con risas;  
yo de vergüenza muero;  
¡oh, qué dolor tan fiero!  
no sé lo que es de mí.  
Caber no puede el dolo  
en tan bizarro pecho:  
la fé me alienta solo;  
la fé que guardo aqui.)

CONDE. (Á la Jardinera.)  
Pon buena cara,  
no estés llorando.

JARD. Se estan burlando  
de ambos á dos.  
Yo no trocara  
por su alegría  
la pena mia  
siendo por vos.

REY. (Al Conde.)  
Déjate ahora  
de tus amores,  
que ya la fiesta  
se vá á empezar.

CORO HOMBS. Ya ha roto la orquesta  
que anuncia la fiesta.  
Seguid, seguid;  
andad, andad;  
venid, venid;  
el brazo tomad.  
Las lanchas remeras  
arriba y abajo

ya surcan ligeras  
las ondas del Tajo.  
Su orilla de espuma  
será una Babel,  
y allí cada dama  
verá su doncel.

JARD. Y yo, desdichada,

me quedo sin él.

ANA. Seré venturosa

mirándole á él.

(Vánse hácia el fondo derecha, menos María, que se queda llorando en la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Salon de palacio. Puerta en el fondo, que dá á una galeria: puertas á los lados: balcon á la derecha: mesa con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

CORO DE CABALLEROS, cuchicheando.

- UNOS. Grave fué el riesgo.  
OTROS. Si que lo fué:  
por poco España  
queda sin rey.  
UNOS. Toda la fiesta  
y el buen humor,  
por poco en duelo  
se terminó.  
TODOS. En lo mas bello  
de la funcion,  
cuando el Rey ha caido en el agua  
la fiesta se aguó.  
UNOS. ¿Y cómo fué?  
OTROS. Estaba en pié;  
mas reshaló  
y se cayó.  
UNOS. ¿Pero por qué?  
OTROS. No lo sé yo.  
Á ver, á ver:  
que diga cada uno su parecer.

UNOS. De un campanario muy alto  
cayó un día  
un sacristan;  
cuál fué la causa del salto  
se trató  
de averiguar,  
y aquella vez  
el señor juez  
que el procesó comenzó  
al que fué á darle parte del hecho,  
«¿quién es ella?» preguntó:  
y resultó que vivía  
muy cerquita  
una mujer,  
y que por verla subía  
á la torre  
el hombre aquel.  
Se la buscó,  
y resultó  
que aquel pobre que cayó,  
por hacerle una seña de lejos  
de cabeza descendió.

—  
Si queremos, pues, saber  
del suceso la razon,  
preguntando ¿quién es ella?  
se sabrá por qué cayó.

OTROS. ¿Cuál es la ella  
que hoy está en auge?

UNO. Eso, señores,  
es cosa grave.

TODOS. Hay alarmantes síntomas  
que dan á conocer  
que al eminente médico  
distingue mucho el Rey.  
¿Eh?

Debemos, pues, despacio  
la causa analizar,  
no digan que en palacio  
nos gusta el murmurar.  
Verdad que hoy iba siempre  
la régia lancha en pos

de aquella que ocupaba  
la esposa del Doctor.

¿Eh?

Debemos, pues, despacio, etc.

—  
Chito pues,  
discrecion;  
no decir  
ni una voz;  
el rumor  
apagad;  
ver, oír  
y callar.

(Vánse los caballeros por la galeria, y salen el Rey y  
el Doctor por la puerta de la derecha.)

---

## ESCENA II.

REY, DOCTOR.

### DECLAMADO.

REY. Doctor, me colma de júbilo  
tan distinguida mision.  
¿Con que tal era el objeto  
de vuestro viaje?

DOCT. Señor,  
mi soberano Luis trece,  
á quien la fama llevó  
noticias de la belleza,  
talento y circunspección  
de la Infanta vuestra hermana,  
me dijo un dia: Doctor,  
yo quiero tomar estado;  
mas me importa, vive Dios,  
conocer bien á la bella  
en quien fije mi eleccion.  
Dicen que doña Ana de Austria  
es hermosa como un sol,  
mas no basta que lo sea  
para que la quiera yo;

fáltame saber que su alma  
sea digna de mi amor.  
Si á la córte de Felipe  
mando un enviado ad hoc,  
no me dará mas noticias  
que las de pública voz,  
y yo necesito mas  
y me las vais á dar vos.  
Fingiendo un viaje científico  
ireis á Madrid, Doctor.  
Llevareis para el monarca  
una recomendacion,  
sin carácter oficial,  
que en el palacio español  
os valdrá franca acogida;  
y una vez en él, os doy  
el particular encargo  
de fijar vuestra atencion  
en la Infanta: si su pecho  
no ha palpitado de amor,  
si su alma está todavía  
vírgen de toda pasion,  
dareis mi carta al monarca,  
y en pago os ofrezco yo  
cuantas riquezas querais.

REY. ¿Sabeis, querido Doctor,  
que eso es ponerme un espia  
dentro mi palacio?

DOCT. No.

REY. Adelante.

DOCT. Mas si vieseis,  
el monarca me añadió,  
que doña Ana tenga amores,  
y por poca prevision  
no lo sabeis descubrir  
á tiempo, pensad, Doctor,  
que ireis á una cárcel, donde  
no volvais á ver el sol.

REY. Bien hecho.

DOCT. Con tales órdenes,  
ya comprendeis, señor,  
que mi vigilancia ha sido

la de un lince.

REY. Y yo me doy

la enhorabuena por ella.

DOCT. Como sabe el rey que yo  
nunca me equivoco en nada...

REY. Es decir, excepto hoy.

DOCT. Cierto, pero fué un momento  
de fugaz obcecacion.

Permitid, pues, que os entregue  
la carta que el rey me dió  
para vos, en la cual hace  
la solemne peticion  
de la mano de doña Ana.

(Le dá una carta.)

REY. Yó se la otorgo, Doctor,  
para que sea otra prenda  
de amistad entre los dos.

DOCT. (Dándole otra carta.)

Esta otra es para la Infanta.

REY. Puesto que el rey confió  
á vuestro claro talento  
tan importante mision,  
recíbala ella de mano  
de tan digno embajador.

(Le devuelve la carta para Doña Ana.)

Aqui tenemos al Conde,  
se lo diremos.

DOCT. Aun no,  
cuando la Infanta lo sepa,  
entonces...

REY. Teneis razon.

### ESCENA III.

DICHOS, y el CONDE DE ALAR, que llega por el fondo.

REY. Adios, Conde.

CONDE. Yo venia  
á ver si habiais tenido  
novedad.

REY. Nada, no ha sido  
mas que un baño de agua fria.

Me he querido mantener  
de pié en la lancha, de modo  
que caí en el Tajo.

DOCT. Y todo

por culpa de mi mujer.

REY. Una pulsera al pasar  
le cayó, y á fuer de atento  
el natural movimiento  
me hizo desequilibrar.

DOCT. Por cierto que no fué flojo  
el susto que hemos llevado.

REY. Pues todo ello no ha pasado  
de ver á un Rey en remojo.  
Pero mi querido Alar,  
que se arrojó tras de mí...

CONDE. Por salvaros.

REY. Cierto, si;  
pero no sabe nadar.

CONDE. Por fortuna el guarda aquel  
me sacó á nado, y á fé  
que lo que es de mí, no sé  
qué hubiera sido sin él.  
El pobre se ha lastimado,  
y yo quisiera, Doctor,  
que me hicierais el favor  
de prestarle algun cuidado.

DOCT. ¿Dónde se halla?

CONDE. En la casilla  
del jardin.

DOCT. Voy sin tardar.

(Bajo al Rey.)

Luego me iré á presentar  
á la Infanta de Castilla.

(Váse por la galería.)

#### ESCENA IV.

EL REY y el CONDE DE ALAR.

REY. Conde, el Doctor vive un poco  
escamado.

CONDE. ¿Si?

- REY. No deja  
un momento á su pareja:  
no sé por qué.
- CONDE. Yo tampoco.
- REY. Que en Francia tema un exceso  
con las costumbres de allí,  
se comprende; pero aqui...
- CONDE. Justo, aqui no hay nada de eso.
- REY. No dejaré yo crecer  
esa cizaña en Madrid.
- CONDE. Y hareis muy bien... y... decid,  
¿hablateis á su mujer?
- REY. Ligeramente, por cierto,  
como él de ella no se aparta;  
pero le he escrito una carta  
invitándola al concierto.  
Me hiciste entrar comezon  
de hablarla un momento breve;  
me has puesto tan de relieve  
su buena conversacion...
- CONDE. ¿Yo, señor?
- REY. ¿Pues quién alaba  
su fino trato y belleza  
mas que tú, mala cabeza?
- CONDE. ¡Ah! si, si, no me acordaba.  
¿Y le mandasteis la esquila  
por conducto de su esposo?
- REY. Eso no, porque un celoso  
de cualquier cosa recela.  
Y á fin de que él no creyera  
que yo la persigo ó amo,  
se la remití en un ramo  
por tu linda Jardinera.
- CONDE. Ya.
- REY. Y por cierto que esa chica  
me prendó cuando la ví.
- CONDE. Señor...
- REY. ¿Recelas de mí?  
Esa sospecha me indica  
que tú en la materia esa  
serias falso conmigo.
- CONDE. Jamás, señor.

- REY. ¡Cuando digo  
que eres de escuela francesa!  
¡Inmoral!
- CONDE. ¿Yo? No, por Dios.  
Cuando con mujeres trato  
pongo todo mi conato  
en imitaros á vos.
- REY. Eso debieras hacer.
- CONDE. Ya lo hago.
- REY. Asi lo deseo;  
pero, amigo mio, veo  
que estás echado á perder.  
(Entra Maria por el fondo y el Rey repara en ella.)  
¿Qué tal? Aqui tienes á una  
de tus víctimas:
- CONDE. Pensad...
- REY. Nada: la buena amistad  
no debe ser importuna.  
(Váse por la izquierda.)

## ESCENA V.

MARIA, el CONDE.

- JARD. Dichosa quien puede veros,  
señor Conde.
- CONDE. ¿Me buscabas?
- JARD. ¿Y os parece corta ausencia?
- CONDE. No me parece muy larga:  
esta mañana me has visto.
- JARD. Es cierto; mas quien bien ama  
cuenta por siglos las horas  
que pasa sola.
- CONDE. Muchacha,  
¿qué estás diciendo? (Esta chica  
lo ha convertido en sustancia.)
- JARD. Ya sé que os habeis expuesto.  
á tener una desgracia  
en el río.
- CONDE. Y es verdad:  
á no ser por aquel guarda...
- JARD. ¿Por qué haceis esas locuras?

CONDE. Porque se cayó el monarca  
y quise salvarle. Á ver,  
puesto que dices que me amas,  
si yo me hubiese quedado  
de huesped entre las ranas,  
¿qué hubieras hecho tú?

JARD. ¿Yo?

Sin decir una palabra  
me hubiera unido con vos  
en el fondo de las aguas.  
El Tajo no niega á nadie  
la hospitalidad.

CONDE. Muchacha,  
¿qué dices?

JARD. Lo natural:

la mujer enamorada  
vive, para aquel que quiere,  
muere, cuando aquel le falta.

CONDE. ¿Hablas de veras, Maria?

JARD. ¡Vaya una pregunta rara!

¿No os dije que hace dos años  
sentí que se me iba el alma  
cuando os trajeron herido  
á nuestra pobre cabaña?

Yo hubiera callado siempre  
este amor, si esta mañana  
no me hubieseis dicho el vuestro.

CONDE. ¿Y en dónde fué eso?

JARD. En la raya  
de Aragon.

CONDE. ¡Pues vive el cielo  
que tiene razon!

JARD. Y tanta.

Vos estabais moribundo;  
apenas veiais nada;

mi padre os vendó la herida  
y yo me quedé de guardia

orando toda la noche  
al lado de vuestra cama.

Vuestro padre al otro dia

os vino á sacar de casa

en una litera, y yo

me quedé llorando.

CONDE. Calla,

recuerdo efectivamente  
que habia allí una muchacha...

JARD. Era yo.

CONDE. ¡Pobre Maria,

y no me has pedido nada  
en pago de aquella deuda!

JARD. No, señor, si está pagada.

Vuestro padre mandó al mio  
el nombramiento de guarda

del sitio, y cuando vinimos

era en tiempo de jornada;

yo habia tenido siempre

no sé qué vaga esperanza

de encontraros por el mundo,

y á la primera mañana

que salí á segar las flores,

entre una turba gallarda

de nobles, os ví de lejos.

CONDE. ¿Y no me hablaste palabra?

JARD. No, señor, corrí á esconderme.

CONDE. ¿Y por qué?

JARD. Porque la cara,

segun dicen en mi tierra,

vende secretos del alma.

CONDE. ¡Pobre niña!

JARD. Y otro dia...

(pero es una cosa mala

y no la debo decir.)

CONDE. Pues quiero saberlo; anda,

dilo.

JARD. ¿No me reñireis?

CONDE. No. Te empeño mi palabra.

JARD. Pues os sentasteis un rato

en la próxima enramada

y os dejasteis un pañuelo.

(Sacándole del seno.)

¿Le conoceis?

CONDE. Son mis armas.

**MUSICA.**

- JARD.           Confidente solitario  
                  de mi amor,  
                  de mi pecho los latidos  
                  escuchó.  
                  Si una lágrima escondida  
                  derramé,  
                  de mis ojos desprendida  
                  cayó en él.  
                  No me riñais si lo he guardado,  
                  que un talisman para mí fué;  
                  con mi calor está templado  
                  y él os dirá si os quise bien.  
                  Prenda de amor  
                  era, señor,  
                  y en mi penar,  
                  fué mi sosten,  
                  y él os dirá si yo os quise bien.
- CONDE.           De tu candor,  
                  mi dulce amor,  
                  recuerdo fiel  
                  será tambien;  
                  lo guardaré como un rico bien.
- JARD.           Los ensueños de mi alma  
                  le conté;  
                  cuántas veces ¡ay! sin calma  
                  le besé.  
                  Fué en la paz de mi retiro  
                  rico don;  
                  empapado en mi suspiro  
                  vuelve á vos.  
                  No me riñais si lo he guardado, etc.

**DECLAMADO.**

- CONDE.       Yo te prometo, Maria,  
                  guardarlo como una alhaja.
- JARD.       ¿Verdad que si?
- CONDE.       (Pobre chica;

seria una accion bastarda  
abusar de su inocencia.)  
Mira, hija, esta mañana  
cuando yo te hablé de amor...  
(Pobrecilla, me dá lástima )  
no calculé los obstáculos  
de un enlace, al que mi casa  
se opondria tenazmente.

JARD. Ya sé yo que una aldeana  
no es partido para un conde;  
mas con que me ameis me basta.

CONDE. Eso siempre, niña mia,  
y te juro que me halaga  
ser objeto del cariño  
de una niña tan galana.  
¿Me quieres dar un abrazo,  
Maria?

JARD. ¿Por qué no?  
(El Conde abraza á Maria, y al mismo instante apa-  
rece el Doctor por el fondo.)

## ESCENA VI.

DICHOS y el DOCTOR.

DOCT. Anda,

que aqui no se pierde ripio.

JARD. ¡Qué importuno!

CONDE. Vaya en gracia.

DOCT. (Ap.) Pues, señor, segun voy viendo,  
en esta tierra las cazan  
al vuelo: no son tan tontos  
como yo me figuraba.

CONDE. Y bien, Doctor, ¿qué traeis?

DOCT. Vengo de ver á ese guarda  
que me encargasteis, y está  
como si tal cosa.

CONDE. Gracias.

DOCT. No le hizo impresion el baño.

JARD. Como que mi padre nada  
ló mismo que un abadejo.

CONDE. ¡Era tu padre aquel guarda!

- JARD. El mismo.
- CONDE. ¿Y no me lo has dicho?
- JARD. Los pobres no echan en cara los beneficios jamás.
- CONDE. (Ap.) Esta gente me anonada á fuerza de hacerme bien, y no sé cómo pagarla.
- DOCT. (Al Conde.)  
¿Con que despues que aquel hombre os ha sacado del agua, vos estais buscando el medio de pescarle á la muchacha? Ese es un golpe maestro: bravo, Conde, tiene gracia; pero no es original, es traducido de Francia.
- CONDE. ¿Querrá tu padre aceptar un donativo que le haga?
- JARD. Solo aceptaria uno; pero es muy difícil.
- CONDE. Habla:  
¿cuál es?
- JARD. Mi padre ha servido al Rey, y en pro de su causa recibió sendas heridas en el campo de batalla; y aunque era simple soldado descende de cuna hidalga. Además, cuando hace un mes la Infanta estuvo de caza, mi padre es quien sujetó el caballo que montaba, que se habia desbocado: y hoy, por salvar al monarca, se ha arrojado al rio á nado. Si el Rey le hiciese la dádiva ..
- CONDE. ¿De una pension? Es muy justa.
- JARD. No, señor Conde, es mas alta su ambicion.
- DOCT. ¡Hola!
- CONDE. Dí, pues.
- JARD. Desearia la gracia

- de alguna cruz con nobleza.
- DOCT. ¡Con nobleza para un guarda!
- CONDE. ¿Y por qué no? Si al soldado que ha luchado por su patria con valor y que ha salvado la vida de nuestra Infanta no se la dais, ¿me direis á quién se la dan en Francia?
- DOCT. Solo se le dá al que ejerce algun oficio en la cámara.
- CONDE. Sea muy enhorabuena.  
(Á Maria.)  
Díle á tu padre que haga pronto una solicitud; yo me encargo de apoyarla: asi que la tengas hecha le pedirás á la Infanta te haga merced de escribir de su puño dos palabras confirmando el hecho aquel acaecido en la caza.  
Y el Doctor y yo despues daremos fé si hace falta del servicio que ha prestado en el rio esta mañana.
- JARD. Pues voy á hacerla al momento.  
¿Cuándo quereis que os la traiga?
- CONDE. En cuanto la tengas hecha.
- DOCT. La apoyaré.
- JARD. Muchas gracias.  
(Váse por el fondo, y el Conde le besa la mano.)

## ESCENA VII.

El CONDE y el DÓCTOR.

- DOCT. Tratad de evitar su roce, porque os vá á sorber el seso.
- CONDE. ¡Qué diablos!
- DOCT. Ved que yo en eso soy voto.
- CONDE. (Ya se conioce.)

DOCT. Viene el Rey.  
(El Conde y el Doctor se retiran por delante de la mesa hácia el extremo izquierdo de la escena, y sale el Rey, dando su mano izquierda á la Infanta, yendo á ocupar el centro de la escena.)

### ESCENA VIII.

DICHOS, el REY y la INFANTA.

REY. (Bajo á la Infanta.)  
Si, hermana mia:  
este matrimonio, es  
cuestion de grande interés  
para nuestra monarquia.  
AN. (Ap.) ¡Habría suerte mas siniestra!  
REY. A la demanda accedí,  
y mi real palabra d   
porque cuento con la vuestra.  
(Reparando en el Doctor, que en el acto de ser llamado vía   colocarse entre el Rey y la Infanta, quedando el cuadro: Conde primera figura izquierda, Infanta, Doctor, Rey.)  
Doctor.  
DOCT. (Al Rey.) He cogido al Conde  
con su jardinera acá:  
 y qué enamorado est !  
ANA. (Bajo al Conde.)  
Necesito hablaros.  
CONDE.  D nde?  
ANA. Ya lo sabreis.  
DOCT. (Al Rey y   la Infanta.)  
El taimado  
le daba cada apreton.  
ANA.  Hola!  
CONDE. (Que habrá oido.)  
No tal.  
REY.  Ah! bribon.  
CONDE. No era nada.  
DOCT. Demasiado.  
REY. Hipócrita y seductor.  
CONDE. Pero señor, no deis f ...

- DOCT. Vamos, Conde, callaré  
lo del abrazo.
- ANA. (Ap.) ¡Traidor!
- DOCT. Y lo del beso en la mano.
- ANA. ¿Eso mas?
- CONDE. Si no hubo tal
- REY. Yo le predico moral,  
pero pierdo el tiempo en vano.  
(Bajo al Doctor.)  
Doctor, podeis despachar  
vuestro correo al momento  
con nuestro consentimiento.
- DOCT. Voy, señor, voy sin tardar.  
(Váse el Doctor por el fondo.)

## ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos el DOCTOR.

- ANA. (Bajo al Conde.)  
Quedaos.
- REY. (Al Conde.) Vente conmigo,  
Conde, pasan cosas graves  
sobre aquella nota, ¿sabes?  
De aquel pais enemigo:  
y tú me has de aconsejar  
porque estoy de un mal humor.
- CONDE. (De la mujer del Doctor  
es de lo que quiere hablar.)
- REY. Vamos pues.
- CONDE. Esclavo fiel  
soy de vuestra voluntad.  
Doña Ana... con Dios quedad.
- ANA. (Ap.) Cuándo podré hablar con él.  
(Vánse por el fondo el Rey y el Conde.)

## ESCENA X.

La INFANTA sola.

No sé qué vago recelo  
el alma mia atormenta,

¿podría olvidarme el Conde?  
Si es hombre, qué extraño fuera.  
Pero no, los celos ponen  
en mis ojos una venda  
para crearme fantasmas.  
Diera que reir de veras  
que tuviera Ana de Austria  
celos de su jardinera.  
¿No fuí yo quién le mandó  
llamar la atención con ella?  
¿por qué he de extrañar entonces  
que mi mandato obedezca?  
No es posible.

(Vá á sentarse pensativa en el sillón que estará en el  
extremo de la mesa.)

Me precisa  
buscar un medio cualquiera  
de decirle lo que pasa,  
y no sé cuál...

## FSCENA XI.

DICHA y la JARDINEBA desde el fondo.

JARD. Si su alteza  
me dá permiso.

ANA. ¿Qué quieres?

JARD. Que vuestra bondad excelsa  
me haga merced de apoyar  
con un renglón de su diestra  
esta petición que al rey  
mi padre, señora, eleva.

ANA. ¿Para qué?

JARD. Para alcanzar  
alguna cruz con nobleza.

ANA. ¿Se la has de presentar tú?

JARD. Al Conde de Alar.

ANA. (Alarmada.) ¿De veras?

JARD. Cómo que él es quien me manda  
recurrir á vuestra alteza.

ANA. (Gozosa.)  
¿Él te manda recurrir

- á mí?
- JARD. El mismo.
- ANA. (¡Ah qué idea!)  
¿Y á quién le vas á entregar  
ese pliego?
- JARD. Á él, que le espera  
para dárselo al monarca.
- ANA. Pues dame y no te detengas,  
lo llevarás sin tardar,  
y le dirás que lo lea  
para ver si está á su gusto.  
¿Sabes leer?
- JARD. Si la letra  
de esa peticion es mia:  
aprendí cuando pequeña...
- ANA. (Contrariada, y despues de pensar un rato.)  
¿Entiendes el francés?
- JARD. Eso
- ANA. (Ap.) Se lo escribiré en francés.  
(Escribiendo con agitacion.)  
«Graves conflictos me cercan:  
»me excusaré de asistir  
»al concierto por enferma:  
»fingid estarlo tambien;  
»y en punto á las nueve y media  
»escalareis el balcon  
»de la galeria izquierda.»  
Búscale y dáselo al punto. (Váse.)
- JARD. Dios os premie accion tan buena.  
(Toda una Infanta de España  
ha tenido la paciencia  
de escribir de propio puño  
de mi padre las proezas.  
¡Si yo supiera escribir  
tan de prisa como ella!

## ESCENA XII.

La JARDINERA, el DOCTOR.

- DOCT. Bravo, ya salió el correo

para Paris; de esta hecha  
el rey Luis trece de Francia  
vá á colmarme de riquezas.  
¡Que venga á luchar conmigo  
la diplomacia, que venga!

JARD. ¡Señor Doctor!

DOCT. ¿Qué me quieres?

JARD. Ahora mismo su alteza  
certificó el memorial  
de mi padre, y yo quisiera  
que me hicierais la merced  
de atestiguar la proeza  
de esta mañana en el río.

DOCT. Con el alma, niña; venga  
la pretension, para mí  
es una honra lisonjera  
el poner mi firma al lado  
de tan augusta princesa.

(Tomando el papel, y asombrado despues de hojearle.)

(¡Qué es esto! ¡Estoy yo soñando!

«Graves conflictos me cercan.»

¡Fuego de Dios!) ¿Y tú dices  
que es de la Infanta esta letra?

JARD. Si.

DOCT. ¿Estás bien segura?

JARD. Como

que lo ha escrito en mi presencia.

DOCT. ¡Ay, ay, ay!

JARD. ¿De qué os quejais?

DOCT. ¿De qué? De dolor de muelas.

(No tengo remedio humano,  
el rey de Francia me cuelga.)

---

**MUSICA.**

DOCT. Torpe de mí,  
¿quién me metió  
de voluntades

JARD. á zurcidor?  
Triste de mí,  
¿qué le pasó

- que de repente  
pierde el color?
- DOCT. ¿Y en qué manos, niña mia,  
este pliego has de entregar?
- JARD. Ahora mismo voy á darlo  
al señor Conde de Alar.
- DOCT. (Por si acaso hubiese duda.)
- JARD. ¿Qué os parece, señor, de él?
- DOCT. Me parece que parece  
que no tengo parecer.  
(Cuando el Rey, mi señor, olfatee  
lo mal que he cumplido  
su augusta mision,  
¡ay Doctor! no te vale la bula,  
remando en galeras  
te ves, como hay Dios.  
Mi rey es pródigo  
muy rara vez;  
para dar palos  
es todo un rey.)
- JARD. (Cuando ostente en su pecho arrogante  
mi padre querido  
su noble blason,  
de la hija del pobre soldado  
tendrá para el mundo  
mas precio el amor.  
El Rey es pródigo,  
yo fio en él;  
para dar premios  
es todo un rey.)
- 

**DECLAMADO.**

- JARD. ¿No lo firmáis?
- DOCT. Por supuesto.  
(Encima, que no se advierta  
que lo he visto, y voy al punto  
á tomar medidas serias.)  
(Llamando.)  
¡Hola!
- UJIER. (Saliendo.)

Señor.

- DOCT.           Avisad  
          á mi criado que venga. (Váse el criado.)  
          Toma, niña.
- JARD.           Muchas gracias.
- DOCT.           (¡Qué tierra, Cristo, qué tierra!)

### ESCENA XIII.

DICHOS, el REY, el CONDE DE ALAR y CORO DE CORTESANOS.

- CONDE.       (Á Maria, que le sale al encuentro.)  
          ¿Qué traes, niña?
- JARD.        Señor,  
          el memorial encargado,  
          suscrito y recomendado  
          por la Infanta y el Doctor.
- CONDE.       Dáme; yo me encargo de él.
- JARD.        (Dádoselo.)  
          Que no seáis palaciego,  
          que ofrecen servir, y luego  
          se quedan con el papel.
- CONDE.       Véte, y cuenta con mi ayuda;  
          te lo ofrezco.
- JARD.        Pues adios. (Váse.)

### ESCENA XIV.

DICHOS, menos MARIA.

- DOCT.        (Pues ya le conozco dos:  
          esto es África, no hay duda.)  
          (Al Conde.)  
          Estaba con inquietud  
          por veros, Conde querido.  
          ¿Cómo vá?
- CONDE.        No me he sentido  
          jamás con mejor salud.  
          (Se retira á un lado á leer el pliego.)
- REY.         (Á los cortesanos, que le rodean á él y al Doctor.)  
          Con la ayuda del Señor  
          mañana os hará saber

una nueva, que vá á hacer  
la fortuna del Doctor:  
y fortuna merecida,  
¿no es verdad, Doctor?

DOCT. Quizá.

REY. Algo de bueno os valdrá.

DOCT. (Ap.) Un presidio por la vida.

REY. Solo siento que mi hermana  
hoy no asistirá á la fiesta,  
porque se sintió indispueta.

DOCT. (Al Rey, fingiendo candidez.)  
¿Está indispueta doña Ana?

REY. (Bajo al Doctor.)  
Es un pretexto; debiendo  
mañana con vos partir  
se ha retirado á dormir.

DOCT. Sí, señor, si, ya comprendo.  
(Esta es la primera escena  
con que empieza la funcion.)

CONDE. (Leyendo en la extrema derecha, ap.)  
«Y escalareis el balcon  
del extremo...» en hora buena.

REY. Dentro de poco, el concierto  
vá á empezar, y es menester  
que apuremos el placer:  
¿no es verdad, señores?

ODOS. Cierito.

REY. ¿Pero dónde se ha metido  
el Conde de Alar?

CONDE. ¿Señor?

REY. Este es muy malo, Doctor,  
tenedlo bien entendido.

DOCT. (No lo sabes bien.) Pudiera...

REY. (Al Conde.)  
Aun espero tu opinion  
sobre aquella gran cuestion  
de política extranjera.

CONDE. Siempre me teneis dispuesto.

REY. (Ap. al Conde.)  
(La he hablado largamente  
y tengo cita pendiente:  
mañana sabrás el resto.)

Conmigo al concierto ven,  
quiero tenerte á mi lado.

CONDE. Señor, no sé qué me ha dado  
que no me siento muy bien.

REY. ¿De veras?

DOCT. (Ap.) Segunda escena.

CONDE. ¡Me entró un frío tan extraño!

REY. Tal vez la humedad del baño;  
pero tu cara es muy buena.  
El Doctor, que de eso sabe,  
te dirá...

CONDE. (Ap.) Me vá á perder.

DOCT. Á ver ese pulso, á ver:  
¡caramba! ¡esto es muy grave!  
y qué modo de latir  
tan violento y agitado!

CONDE. (Ap.) Es tonto. (Conteniendo la risa.)

DOCT. (Llamando.) Á ver mi criado  
y ordenaré un elixir.

REY. ¿Pues qué tiene?

DOCT. Muy repleta  
la region del corazon.  
(Sale el criado del Doctor.)  
Devonshire: atencion,  
y escucha bien la receta.

**CANTO.**

DOCT. (Bajo á su criado.)  
Arma á dos ó tres  
con un arcabuz,  
y con ellos ronda  
el palacio tú,  
y al que sus balcones  
vieres escalar  
hazle fuego y déjale  
sin pestañear. (Váse el criado.)  
(Todo el porvenir  
juego en este albur:  
ya veremos luego  
quién es mas tahir.)

- Ria cuanto quiera,  
que si por su mal  
á salir se atreve,  
no lo contará.)
- CONDE. (¡Ay, Doctor bendito,  
cuánta gratitud,  
pues de tanto apuro  
me sacaste tú!  
Por Madrid tu fama  
voy á pregonar,  
pues por tí se cura  
quien no tiene mal.)
- REY. (Al Conde.)  
Cuida, amigo mio,  
cuida tu salud,  
pues para salvarme  
te expusiste tú.  
Al Doctor te entrega  
con seguridad;  
Fíate en su ciencia,  
que él te curará.
- CORO. Tan bueno hace muy poco  
y ahora está tan mal;  
de comprender no acabo  
tamaña novedad.  
Dejar el Conde un baile  
que ahora vá á empezar,  
por fuerza ha de sentirse  
de mucha gravedad.  
(Al Doctor.)  
Nos quedaremos  
si vos quereis  
á relevarnos  
de tres en tres.
- CONDE. (Ap.) ¡Cómo me escapo!
- DOCT. No puede ser;  
presenta síntomas...
- TODOS. ¿De qué, de qué?
- DOCT. De unas viruelas  
de mala ley.
- CONDE. (Ap.) Bendita sea  
tu boca, amen.

- TODOS.           ¡Viruelas dijo!  
(Se ponen los guantes.)
- REY.               Cuidate bien. (Váse.)
- CONDE.           ¿Con que mi mal es grave?
- DOCT.            Mas grave que pensais:  
                  y os digo desde luego  
                  que si salis de acá,  
                  el aire de la noche  
                  la vida os vá á costar.
- TODOS.           (Menos el Conde.)  
                  Marchemos, señores,  
                  salgamos de aqui;  
                  dejemos al Conde  
                  que pueda dormir:  
                  él necesita  
                  mucha quietud,  
                  nuestra amistad hoy debe  
                  mirar por su salud.  
                  Abur, abur.  
(Váanse todos, menos el Conde.)
- 

## ESCENA XV.

El CONDE, solo.

### DECLAMADO.

Comedia mas peregrina  
y Doctor mas oportuno...  
y es un sábio: ¡para que uno  
tenga fé en la medicina!  
Y el pobre, quieras no quieras,  
lo toma tan á lo vivo,  
que á ser yo un poco aprensivo  
me pone malo de veras.  
Los demas, por interés  
que sienten hoy hácia mí,  
me dejan todos aqui  
mas solito que un ciprés.  
Todos metieron las manos  
en los guantes por *si forte*;

no puede dar mas la córte  
que amistad de cortesanos.  
Y si esto me sucedió  
estando del Rey en gracia,  
el día que esté en desgracia  
¿quién me vá á hacer caso?

JARD. (Que habrá venido por el fondo á tiempo de apoyarse  
con coqueteria en el respaldo de la silla del Conde.)  
Yo.

### ESCENA XVI.

DICHO y MARIA. Van cerrándose todas las puertas del salon.

CONDE. ¿Tú?

JARD. Si, señor.

CONDE. Me consuelas  
con tu acento lisonjero.

JARD. Vamos á ver, caballero;  
dicen que teneis viruelas.

CONDE. ¿Y no temes que tu cara,  
de hermosura celestial,  
sea presa de mi mal?

JARD. Vaya una pregunta rara.  
¿No habeis dicho que me amais?

CONDE. ¿Y eso qué tiene que ver?

JARD. Que entonces es mi deber  
estar donde vos estais;  
y sea el deber cual sea,  
la mujer lo ha de llenar  
sin detenerse en pensar  
si queda bonita ó fea.

CONDE. No obstante, niña, no suele  
pensarse en el mundo asi.

JARD. Dejaos ahora de mí,  
y hablemos de lo que os duele.

CONDE. Nada me duele.

JARD. Es extraño.

¿Y qué ha mandado el Doctor  
que tomeis?

CONDE. Nada.

JARD. Mejor;

al menos no os hará daño.

CONDE. ¿Sabes que eres linda?

JARD. Bueno.

¿Y qué mas?

CONDE. ¿Sabes, tesoro,  
que vales mucho mas oro  
que tiene el Perú en su seno?

JARD. ¿Y qué mas?

CONDE. ¿Sabes que yo  
te quiero ya de verdad?

JARD. ¿Quereis tener la bondad  
de estar enfermo? ¿si ó no?

CONDE. Si lo estoy, ¿me cuidarás?

JARD. Con mucho gusto.

CONDE. ¡Alma mia!

Siéntate un rato, Maria:

(Maria se sienta.)

mas cerca, un poquito mas.

¿Sabes que en hechizos creo?

Verás, pon tu mano aqui.

(Le toma la mano y la pone junto al corazon.)

JARD. ¡Cuál late! pero eso á mí  
me pasa siempre que os veo.

---

**MUSICA.**

CONDE. ¿Sabes qué indica  
esté latido?

JARD. No sé el lenguaje  
mas que del mio.

CONDE. Pues este mio  
que late asi,  
dice bajito:  
por tí, por tí.

JARD. El mio dice  
con eco fiel,  
alto y muy alto,  
por él, por él.

CONDE. Cuando, hechicera niña,  
á mi lado estás,  
siento inundarse el alma

de felicidad.

Dime con esa linda  
boca de clavel,  
dime una vez y ciento  
que me quieres bien.

JARD. ¿Por qué quereis que os diga  
lo que ya sabeis,  
si en mis pupilas claro  
lo podeis leer?

Á vuestro lado siento  
tán inmenso afan,  
que temo que la fiebre  
se me vá á pegar.

CONDE. Deja que arda  
tu corazon.

JARD. Temo su fuego  
abrasador.

CONDE. Ven á mí,  
ven á mí,  
con quererte soy feliz.  
Ardo ciego  
en el fuego  
de tus ojos, ay que si,  
no he vivido  
no he sentido  
lo que siento junto á tí;  
ven á mí,

JARD. con quererte soy feliz.  
Quiero huir,  
quiero huir,  
y el amor me tiene aqui;  
ese fuego  
yo os lo ruego,  
alejad, señor, de mí,  
que la calma  
de mi alma,  
os llevais hablando asi,  
¡ay de mí!

CONDE. que no sé de vos huir.  
Ciego me tienes,  
niña, de amor.

JARD. Ved que mas ciega  
que vos estoy,  
y en vuestras mãos  
queda mi honor.

CONDE. Gente se acerca.

JARD. Señor, señor,  
que no me encuentren  
aquí con vos,  
ó soy perdida.

CONDE. Angel de amor.

(En este momento suenan las diez.)

(¿Qué hora está dando?

Las diez. ¡Oh Dios!

ya de mi cita

la hora pasó.)

(Vá tentando todas las puertas para salir y las halla  
todas cerradas.)

No hay mas salida

que este balcon.

Adiós. (Se precipita por el balcon.)

JARD. Es noble,  
me respetó:  
juro adorarle  
con mas pasion.

## ESCENA XVII.

JARDINERA y el DOCTOR.

DOCT. (Buscando con la vista al Conde.)

¿Dónde está el pájaro?

Se me escapó.

(Se oyen tres detonaciones en el jardin.)

¿Cita querias?

eso te doy.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Salon de pintura de la Infanta. Una sola puerta en el centro: balcon con cortinaje á la izquierda del actor: mesa con recado de escribir, taburetes, paleta de miniar. Á la derecha mesas con jarrones de flores, etc., etc.

### ESCENA PRIMERA.

La INFANTA y CORO DE DAMAS. Aquella aparece profundamente abismada en reflexiones y apoyada en la mesa de pintura.

CORO.           Está pensativa,  
                  rendida y llorosa:  
                  su cutis de rosa  
                  perdió su carmin.  
                  Su altiva hermosura  
                  depone su imperio;  
                  ¿cuál es el misterio  
                  que la hace sufrir?

ANA.           (Levantándose y avanzando hácia la escena.)  
                  Cuando el invierno  
                  crudo despoja  
                  selvas y valles  
                  hoja por hoja,  
                  de nuevas galas  
                  la primavera  
                  bosque y pradera  
                  torna á vestir;

mas en el alma  
enamorada  
que su esperanza  
vé marchitada,  
cuando la llama  
se trueca en hielo,  
no hay mas consuelo  
¡ay! que morir.

CORO. Bajad á los jardines  
la pena á distraer,  
y os volverán el gozo  
las brisas de Aranjuez.

ANA. No tiene, no,  
belleza para mí  
la tierna flor  
que brota en el abril.  
Ni el murmurar  
del viento arrullador  
puede calmar  
mi fuego abrasador:  
fiero es el mal  
que arranca mi gemido:  
golpe mortal  
mi corazón hirió.  
Y ha de morir  
oculto en mi latido  
sin decir: «¡ay!  
» ¡me muero de dolor!»

CORO. Con saludar  
el campo tan florido,  
vereis huir  
la pena y el dolor.

(La Infanta vá á sentarse á dibujar y todas las damas toman sus labores.)

## ESCENA II.

DICHOS, el DOCTOR.

### HABLADO.

UJER. (Anunciando desde la puerta.)  
Su excelencia el Doctor Varner.

- DOCT. (Avanzando reverente.)  
Que intranquilo se apresura  
á saber de la salud  
de vuestra persona augusta.
- ANA. (Siguiendo dibujando.)  
Gracias: me siento mejor.  
Anoche un aire sin duda  
me hizo recoger temprano.
- DOCT. Me lo figuré. ¡Es muy húmeda  
la atmósfera de Aranjuez...  
y propensa á calenturas!
- ANA. Es verdad: ¿y qué se cuenta  
hoy en la córte?
- DOCT. Circulan  
mil rumores referentes  
á cierta rara aventura  
de un cuitado, á quien parece  
que hizo fuego una patrulla.
- ANA. (Con visible emocion.)  
¿Quién era?
- DOCT. No se ha sabido;  
mas lo que sí se asegura  
es que subia ó bajaba  
en altas horas nocturnas  
del balcon que cae encima  
de la verja.
- ANA. (¡Virgen pura!)
- DOCT. Yo no he querido dar crédito  
á las versiones absurdas,  
de que esto fuese un conato  
de ataque á la cosa pública.  
Lo creo cosa privada.  
Si: y hay tambien quien juzga  
que alguna de vuestras damas,  
harto sensible á las súplicas  
de algun galan misterioso,  
fia á la modesta luna  
secretos de amor, que el sol  
no sabe callarlos nunca.
- CORO. ¡Ah!
- DOCT. Son meras suposiciones,  
aunque las hace robustas

el que el reo entró en palacio.

ANA. ¿Y cómo lo sabeis?

DOCT. De una  
manera auténtica.

ANA. ¿Pues?

DOCT. Porque para hallar la brújula  
he recorrido yo mismo  
el lugar de la aventura.  
Y algunas gotas de sangre...

ANA. ¿De sangre?

DOCT. Marcan su ruta  
desde allí hasta la puerta  
de este palacio.

ANA. (¡Qué angustia!)

DOCT. (Con importancia cómica.)  
Por desgracia, en atención  
á que era la noche oscura,  
le dieron solo en un brazo  
en vez de darle en la nuca.  
La espesura de los árboles  
no permitió á la columna  
seguir la persecucion.  
Pero se le puso en fuga  
sin que las fuerzas leales  
sufriesen pérdida alguna.  
Pronto sabremos quién era.

ANA. ¿Y cómo?

DOCT. ¡Oh! ¡Sin disputa!  
El primer brazo vendado  
que aparezca entre la turba  
de nobles, nos pondrá en claro  
al autor de la aventura.

ANA. (¡Cielos!)

DOCT. Á menos que el héroe,  
temiendo la saña justa  
del Rey, se aleje del sitio  
para curarse de *ocultis*.  
Y en este caso, su ausencia  
es la prueba mas segura.  
No hay remedio: es necesario  
dar á la vindicta pública...

UJER. (Anunciando.)

El señor Conde de Alar.

DOCT. (Aqui me las paga juntas.)

### ESCENA III.

DICHOS, el CONDE. Todos fijan sus miradas con avidez en el Conde.

DOCT. (¡Sin venda!...)

ANA. (Vuelvo á la vida.)

DOCT. (¡Es raro!)

CONDE. (Á la Infanta.) Os beso los pies.

ANA. Adios, Conde.

DOCT. (Esto es  
que quiere ocultar su herida,  
mas yo le hallaré el balazo.)

(El Doctor le presenta la mano derecha, y el Conde le alargla la izquierda, que el otro sacude con exagerada violencia.)

Os saludo cordialmente.

¿Qué tal vá?

CONDE. Perfectamente.

DOCT. (La tiene en el otro brazo.)

ANA. Me habian hecho un relato  
de que anoche os sobrevino  
un ataque repentino.

(Entre tanto el Doctor, disimuladamente, pasa á la derecha del Conde.)

CONDE. Se me pasó al poco rato.  
Solamente que el Doctor,  
lleno de interés por mí,  
lo creyó muy grave.

DOCT. Si,

lo creí cosa mayor.  
Os juzgaba amenazado  
de una veroloides plena,  
y me doy la enhorabuena  
por haberme equivocado.

CONDE. (Alargándole la mano derecha, que el Doctor se apresura á estrechar con la misma violencia que antes la otra.)

Permitid que os manifieste

- mi gratitud.
- DOCT. No hay por qué,  
querido amigo.
- CONDE. ¡Si á fé!
- DOCT. (¡Pues, señor, tampoco es este!  
¡Esto es incalificable!)
- ANA. (¡No está herido! ¡Ah, no merece!...)  
Á ver, Conde, ¿qué os parece  
este bosquejo?
- CONDE. (Pasando al lado de la Infanta.)  
¡Admirable!
- ANA. (Bajo al Conde.)  
¿Qué causa os hizo faltar  
á mi cita?
- CONDE. (Id. á la Infanta.) Fuí llamado  
para un negocio de Estado  
que el Rey quiso despachar.  
(Viendo que se acerca el Doctor.)  
Este ambiente hay que templarlo,  
tiene mucha intensidad,  
y está confuso.
- ANA. (Mirándole con intencion.) Es verdad.  
Será preciso aclararlo.
- CONDE. ¿El Doctor, estoy seguro  
que opina tambien así?  
Á ver ¿qué os parece?
- DOCT. (Mirándoles escamado, despues de mirar la pintura.)  
Á mí  
todo me parece oscuro.  
(Está sano en toda ley:  
sus dos puños son dos bronces.  
¿Á quién tiraron entonces  
aquellos cafres?)
- UJIER. (Anunciando.) El Rey.

#### ESCENA IV.

DICHOS, el REY, con el brazo izquierdo vendado. Gran sensa-  
cion en todos.

DOCT. (¡Jesucristo!!!)

ANA. (Corriendo á él con ansiedad.) Hermano mio,

- ¿qué teneis en ese brazo?  
REY. Nada, hermana: un arañazo  
de una bala.
- DOCT. (Yo estoy frio.)  
REY. Aburrido del festin  
al jardin quise bajar,  
y alguno, que vá á cazar  
por la noche en el jardin,  
una bala me asestó.  
Por fortuna apuntó mal.
- ANA. ¿Y quién era el criminal?  
REY. Como lo averigüe yo,  
por bando de buen gobier no,  
siquiera por su mal tino,  
le mando colgar de un pino  
por el ruido que hizo.
- DOCT. (¡Cuerno!)  
CONDE. ¿Y osó vuestra majestad  
bajar solo á aquella hora?
- REY. (Bajo al Conde.)  
¿Olvidas que la doctora  
me dió una cita?
- CONDE. Es verdad.  
REY. (Id.) Hubiera sido faltar  
á una dama el no acudir.
- CONDE. Ya lo entiendo: ¿y al subir  
os tiraron?
- REY. No, al bajar.
- ANA. (Al Doctor.)  
¿Á la majestad real  
hay quien se pudo atrever?
- DOCT. Señora, esas deben ser  
intrigas de Portugal.
- REY. El Doctor nos dará un poco  
de luz: él que no se engaña  
jamás...
- DOCT. Señor, en España  
cada dia me equivoco.
- REY. Yo tengo fija la idea  
de que muy pronto, Doctor,  
he de ver quién fué el autor.
- DOCT. (Antes ciega que tal vea.)

## ESCENA V.

DICHOS y MARIA, que habrá aparecido momentos antes á cambiar las flores de los jarrones, dejando algunos ramos en su cestita.

REY. (Apercibiendo á Maria.)  
¡Hola!

CONDE. ¿Teneis que mandarme?...

REY. Mira quién anda allí, Conde.

CONDE. (¡Ella!)

REY. ¿Qué haces aqui, niña?

JARD. Subí á renovar las flores  
por mandato de su alteza.

REY. Dinos: ¿has oido anoche  
tres tiros en el jardín?

JARD. Si, señor; pero yo entonces  
no estaba precisamente  
en el jardín.

REY. ¿No? ¿Pues dónde?

JARD. (Cortada.)  
Yo, señor, estaba... estaba...

REY. Vamos, acaba.

DOCT. La pobre  
cuidó hasta las diez y cuarto  
á un enfermo, á quien conoce  
mucho vuestra majestad.

REY. (Mirando al Conde.)  
¡Ah!

ANA. •(Con visible ira.  
(¡Qué escucho!)

REY. ¡Conde, Conde!

CONDE. Señor, puedo asegurar  
que el Doctor halló á esta jóven  
sola; y no he de permitirle  
injustas suposiciones  
que lastimen su decoro.

DOCT. Es cierto: estaba la jóven  
sola; el enfermo habia  
volado por los balcones.

ANA. (Con marcada intencion.)

- Algun negocio de estado  
que le apremiaria entonces.
- CONDE. Señora, las apariencias  
muchas veces nos exponen  
á juicios equivocados.
- DOCT. Es verdad: hay ocasiones...
- ANA. No temais: conozco bien  
la lealtad de los nobles.
- REY. Dejemos esta polémica  
por un momento, señores,  
y vamos, hermanita,  
á noticiar á la corte,  
que hace rato nos espera  
reunida en mis salones,  
el fausto acontecimiento  
de vuestro enlace.
- CONDE. (¿Qué?)
- ANA. Conde,  
esperadme aquí, que tengo  
que daros algunas órdenes.
- CONDE. Espero sumiso.
- DOCT. (Aquí  
vá á tener lugar el choque.)
- JARD. (Ofreciendo un ramo á la Infanta.)  
¿Quereis vuestro ramo?
- ANA. (Con desabrida sequedad.) No.  
(Viendo que el Rey fija los ojos en ella, dice.)  
Me hacen daño los olores.  
(Vánse todos, menos María y el Conde.)

## ESCENA VI.

EL CONDE, MARIA, que se echa á llorar.

- CONDE. ¡Lloras, mi cielo?
- JARD. Señor,  
¿no habeis visto esa mirada  
de desprecio y de rencor?
- CONDE. La Infanta está preocupada...
- JARD. ¿Es algun crimen mi amor?  
Este dulce sentimiento,  
callado, tierno y profundo,

¿es algun malvado intento,  
cuando no me deja el mundo  
vivir con mi pensamiento?

Y hasta en mi pobre morada,  
hasta ayer santa y bendita,  
mi padre, con voz airada,  
llora, me señala y grita:

«¡deshonrada! ¡deshonrada!»

Yo sufriria serena,  
puesta mi esperanza en Dios,  
la pena á que me condena,  
que al fin, si sufro por vos,  
¡bendita sea mi pena!

Pero, señor, por quereros  
me van á alejar de aqui,  
y me matan al perderos,  
que el corazon ¡ay de mí!  
no sabe latir sin veros.

CONDE. Calma tu lloro y tu afan,  
Maria, yo te lo ruego.  
Mis hechos te probarán  
que lo que ayer era un juego,  
hoy, Maria, es un volcan.  
Yo salvaré tu decoro.

JARD. Quieren á remotas playas  
llevarme á ocultar mi lloro.

CONDE. ¿Me quieres bien?

JARD. Os adoro!

CONDE. Pues yo iré donde tú vayas.  
El amor de un caballero  
te dará seguro abrigo.

(Con sobresalto.)

La Infanta vuelve. (¡Ah!) Lucero,  
ocúltate; que no quiero  
que te encuentre aqui conmigo.

(Maria se oculta detrás del cortinaje del balcon.)

## ESCENA VII.

El CONDE, la INFANTA, MARIA oculta.

ANA. Y bien, Conde, ¿sabré al fin por qué faltasteis ayer?

CONDE. El Rey me mandó á buscar al embajador inglés á la hora de ir á la cita...

ANA. Si el embajador se fué á Madrid por la mañana.

CONDE. (¡Torpe de mí!) Cierto... él fingió irse: pero luego volvió de noche á Aranjuez, para tratar en secreto de cierto encargo del Rey relativo á Portugal.

ANA. ¿Á Portugal?

CONDE. Asi es.

Aunque yo mas bien opino que esa órden fué una red tendida á nuestros amores por los recelos del Rey.

ANA. ¿Creeis vos que el Rey sospeche?

CONDE. Sin duda alguna; ya veis... la herida que recibí precisamente á las diez, debajo vuestros balcones nos dá bien claro á entender que el Rey estaba en acecho; y á haber yo ido...

ANA. Pues bien, ya que todos me hacen guerra sabrán doña Ana quién es.

---

### MUSICA.

El rey de Francia me ofrece el trono,  
y yo no quiero su trono.

CONDE. (¡Oh Dios!)

ANA. Buscar pretendo con mis amores  
hoy en la fuga mi salvacion.  
En cualquier tierra que Dios nos una,  
en cualquier playa que alumbre el sol,  
encontraremos un paraiso  
embellecido por nuestro amor.

CONDE. Subir debeis al trono  
adonde os llama Dios.  
De vuestro sacrificio  
no soy merecedor.  
Conozco la nobleza  
de vuestro corazon.  
Y si aceptara con vos la fuga  
os faltaria al Rey y á vos.

ANA. ¿Qué osais decir?

CONDE. Señora,  
os digo la verdad:

ANA. Qué significa, Conde,  
vuestra respuesta? Hablad.

CONDE. Por órden vuestra, noble señora,  
á un ángel puro comprometí.  
Salvar su honra yo debo ahora,  
ya que su honra perdió por mí.  
Sé que olvidando mi yerro insano  
al ruego mio querreis ceder.

ANA. Con mi ternura contais en vano,  
antes que infanta nací mujer.

CONDE.

ANA.

(Separándose á la derecha de la escena.)

Su furor	Si traidor,
de terror,	otro amor
toda el alma	en su pecho
me hiela á mi pesar;	se atreve á alimentar,
no veo para mí	no sabe, no, el infiel
ni tregua ni piedad.	de lo que soy capaz.

ANA. (Dirigiéndose airada al Conde.)

Una palabra: ¿la amais, la amais?

CONDE. Perdon, señora.

ANA. ¿La amais?

CONDE. Piedad.

ANA. ¿Piedad ahora vos me pedis?  
para traidores no la hay en mí.

No se pierde sin venganza  
la esperanza del amor;  
no se rasga impunemente  
de doña Ana el corazón.

Con aliento  
yo me siento,  
olvidada  
ya por vos,  
de dejar aniquilada  
la existencia de los dos.

CONDE. (Á sus pies.)  
Piedad, señora, de ella y de mí.

ANA. ¡Nunca!

CONDE. ¡Señora!

### ESCENA VIII.

DICHOS, el REY y el DOCTOR, por el fondo.

DOCT. Vedles aqui.

CONDE y ANA. (Levantándose precipitadamente.)

¡Oh Dios! ¡El Rey!

REY. Villano,

¿qué hacias á sus pies?  
Responde, ó tu castigo...

JARD. (Saliendo. Maria primera figura izquierda, Doctor, Rey,  
Infanta, Conde.)

Señor, yo lo diré.  
Para un amor sin esperanza,  
por el honor de una infeliz,  
puesto á los pies de nuestra Infanta  
vino á rogar, y era por mí.

REY.

DOCT.

ANA.

JARD.

REY.

(¡Era por ella!)

Era por mí.

Y una fuga preparada  
que he llegado á descubrir,

- ¿con quién era? ¡Vive el cielo!  
Si me engañas, ¡ay de tí!
- JARD. No siendo igual nuestra alianza,  
señor, con él debia huir:  
si castigar quereis la falta,  
la rea soy: era por mí.
- REY. }  
DOCT. } (¡Era por ella! )  
ANA. }
- JARD. Era por mí.
- REY. (Bajo al Doctor.)  
¿Qué opinais de ello,  
Doctor?
- DOCT. Yo opino  
que nos engañan  
como á dos chinos.  
Y ya no emito  
mas opinion,  
pues de todo voy saliendo  
como el negro del sermon.
- REY. ¡Ay del cuitado  
y su pasion,  
si de la Infanta  
osa al amor!
- CONDE. (Á la Infanta.)  
Una palabra  
por compasion:  
tiemblo, señora,  
solo por vos.
- ANA. Quiero venganza  
de la traicion:  
pereceremos  
ambos á dos.
- DOCT. (¿Cuánto apostamos  
á que soy yo  
quien de este lio  
sale peor?)
- JARD. (Si ha de perderse  
por mi pasion,  
antes ¡oh cielo!  
piérdame yo.)

**HABLADO.**

- REY. Puesto que tan ciego amor  
tienes á esa jóven, Conde,  
como Rey me corresponde  
dejar ileso su honor.  
¡Hola! (Sale un Ujier.) que entre el Canciller.  
(En seguida entra el Canciller.)  
Y pues tu ventura labra... (Á Maria.)
- ANA. ¿Qué decis?
- REY. Ni una palabra.  
Ahora mismo ha de ser.  
(Al Canciller.)  
Extended sin mas tardar,<sup>1</sup>  
delante mi córte toda (Entra la córte.)  
el contrato de la boda  
de esta jóven y el de Alar.  
Tu boda apadrino yo; (Á Maria.)  
y este lazo dé union santa  
firmará tambien la Infanta.
- CONDE. (Bajo á la Infanta.)  
Por piedad, señora.
- ANA. (Con sequedad, al Conde.) No.
- JARD. (Al Rey.)  
Vuestra hidalguia preclara  
á beneficios me agobia.
- CANC. ¿Cómo se llama la novia?
- REY. Baronesa de Fuen-Clara.
- JARD. (Toma dos ramos de flores, que habrán quedado en la  
cesta que trajo al entrar, y se dirige al Rey.)  
Señor, á tantos favores  
corresponderos quisiera;  
mas la pobre Jardinera  
no puede dar mas que flores.  
Poco valen para vos  
los tesoros, ciertamente:  
por eso os doy el presente  
que á los pobres hace Dios.  
(Le entrega el ramo al Rey, arrodillándose y besán-  
dola la mano. El Rey acepta el ramo con galanteria y  
la levanta: en este momento el Canciller presenta al

Rey la pluma para firmar y el Rey se dirige á la mesa á hacerlo, mientras Maria, con el otro ramo, se dirige á la Infanta.)

Y á vos, señora...

CONDE. (Deteniéndola al paso, quitándola el ramo, y sacando del pecho el que en el acto primero recibió de la Infanta.)

(Dále este.)

JARD. Cuando á vuestra alma reclamo,  
dejad que con este ramo  
mi respeto os manifieste.

ANA. (¡El mio!)

JARD. ¿Podré esperar?...

ANA. (¡Qué recuerdo tan cruel!  
¡Y me iba á perder por él!  
Si no puedo perdonar...)

(Acabado de firmar se dirige el Rey á la Infanta y le presenta la pluma.)

REY. (Bajito y solemne.)

Á vos os toca, tomad.

¿Qué es esto, palideceis?

ANA. No estoy buena.

REY. ¿Qué tencis?

ANA. No sé, Felipe.

REY. Escuchad;

Ana, no es el soberano  
quien la querella os entabla:  
es el hermano que os habla,  
abrid el alma al hermano.

¿Acaso hay quien se atrevió  
á alzar á vos la mirada  
para dejar lastimada  
á mi buena hermana?

ANA. No.

REY. Ana, yo os puedo vengar  
de todo el que os ofendió.  
¿Es cierto que el Conde?...

ANA. No.

El noble Conde de Alar  
me trató con el respeto  
debido á mi gerarquía.  
Yo no sé si el alma mia

tal vez le amaba en secreto...

Mi corazón le cubría  
de una amorosa aureola...

Pero soñaba yo sola:

él lo ignora todavía.

(Vá á la mesa y firma con toda decisión.)

REY. (Al Doctor.)

Con vuestra malicia inmensa  
no habeis dado pié con hola.

DOCT. Cierto. (Acabó á la española:  
por donde menos se piensa.)

REY. Gracias, hermana querida.

ANA. ¿Por firmar? Bien poco vale.

JARD. (Siempre el grande sobresale.)

ANA. Doctor, ¿cuándo es mi partida?

DOCT. Todo está pronto, señora.

Temo que el salir de acá  
os cueste llorar quizá.

ANA. Ana de Austria nunca llora.

Ya veis, mi patria abandono  
sin llorar.

DOCT. Señora, pienso  
que es un sacrificio inmenso.

ANA. ¿Para qué se sube al trono?

Nadie de mí ha de escuchar  
jamás femenil lamento.

Solo queda un pensamiento

para doña Ana: reinar,

y mantener la arrogancia

del préclaro nombre hispano.

Felipe, tomad mi mano.

REY. (Tomándola.)

Paso á la reina de Francia.

(La Infanta, conducida por el Rey, pasa por delante de la comitiva, despidiéndose; y al llegar frente á Maria, esta dobla la rodilla y la coge la mano para besársela. La Infanta se la dá, y al pasar por delante del Conde la retira con dignidad, sin volver siquiera los ojos á él. Se oyen las bandas, á cuyo son, y entre las salvas, canta el coro.)

CORO. Con vuestra noble  
alma real,

id, gran señora,  
id á reinar.

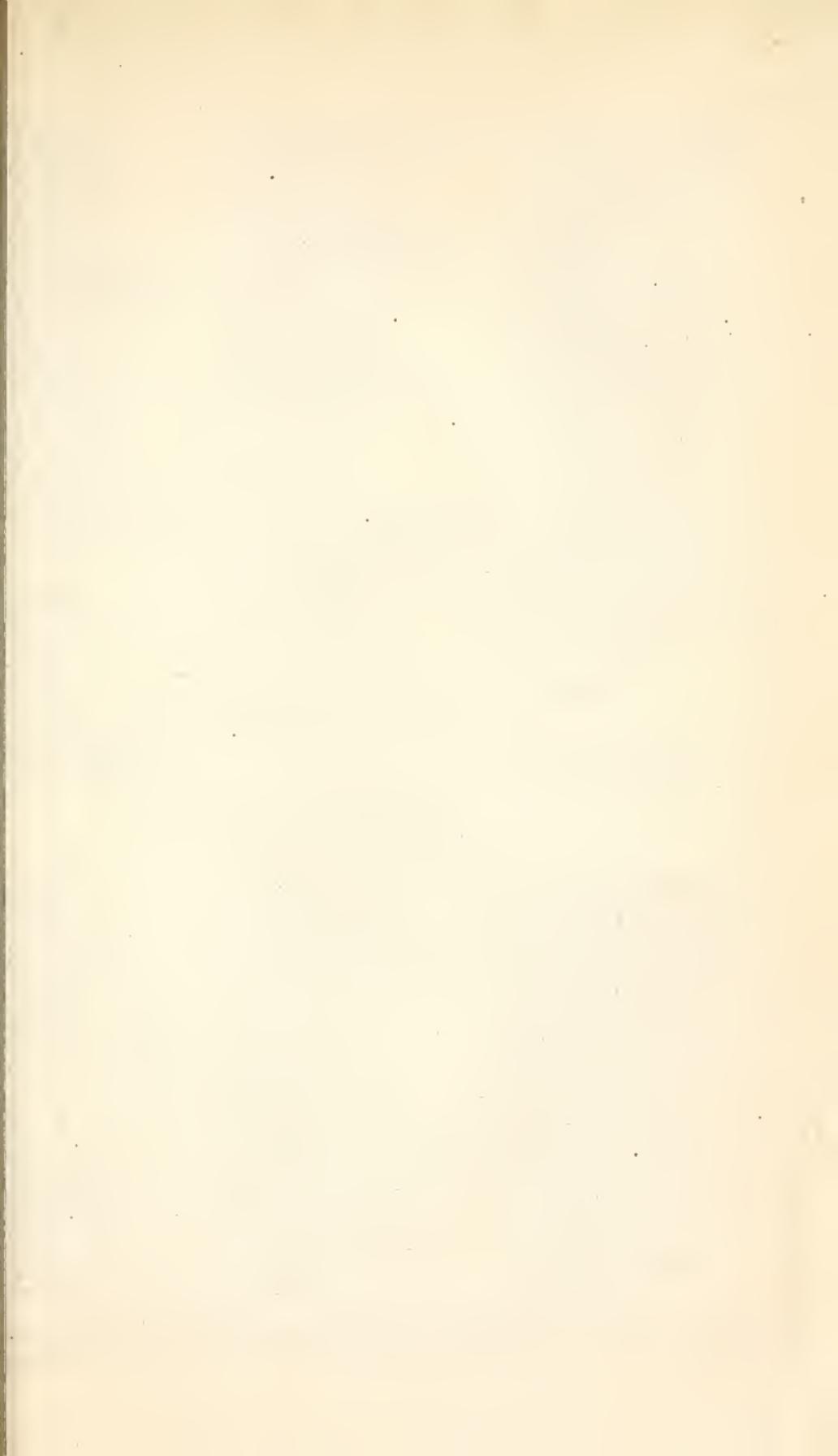
Desde el excelso  
trono inmortal,  
sereis la gloria  
de nuestra edad.

FIN DE LA ZARZUELA.

*Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 10 de Enero de 1860.*

El Censor de Teatros, }

ANTONIO FERRER DEL RIO.



vera  
del  
res  
aje  
en  
a e  
un  
ares  
tod  
ra r  
tud  
arte  
lla  
sils  
os de  
pos  
el pr  
m de  
e ser  
la d  
ta d  
ridos  
res  
del g  
ra d  
la le  
paa  
la m  
e y el  
ros d  
la  
ajo.  
e Lab  
ruido  
Zarbo  
lies.  
Meri  
os du  
y mi s  
Flan  
o se e  
cida.  
e contr  
ro tod  
melodo

ra y Me  
de h  
l'istiu.  
lzoati.  
mas se  
nocbes  
el ave  
na la Gi  
y Marie  
e D. Ju  
aborea  
aza ven  
Flora.  
risaio,  
r.  
cundo.  
riuo.  
ro de ne  
nele.  
stro y la  
quede  
po del bor  
estro de  
ero.  
no dram  
no azul  
es de carn  
l'oco de l  
do a esca

ccion  
gundo

ra de la Finojosa.  
 el valle.  
 es de Madrid.  
 je y pasión.  
 en la cadena.  
 exótica.  
 a y los halcones,  
 res.  
 ud y el amor.  
 n martes!  
 ud de un bandido, ter-  
 rte de Diego Corrientes.  
 a de Covadonga.  
 a de la esperanza.  
 as de la familia.  
 esposa.  
 pro quos.  
 a del zapatero.  
 semilla.  
 a del pecado.  
 a del zapatero.  
 ados.  
 resia del vicio.  
 del gallo.  
 a de Murillo.  
 le leon.  
 ana de la Almudaina.  
 a mortuoria.  
 y el bolsillo.  
 os del Riff.  
 os.  
 jo.  
 a Labarlú.  
 uido y pocas nueces.  
 urbano.  
 es.  
 a María.  
 s dulces.  
 mi sobrina.  
 Blanco.  
 se entiende, ó un hom-  
 ido.  
 contra nobleza.  
 o todo lo que reluce.  
 étodo de buscar marido.

Olimpia.  
 Ocho mil doscientas mujeres por  
 dos cuartos.  
 Paco y Manuela.  
 Pescar á rio revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Por una hija!...  
 Propósito de enmienda.  
 Para heridas las de honor, ó el  
 desagravio del Cid.  
 Por la puerta del jardín.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pelayo.

Quien mucho abarca.  
 ¡Qué suerte la mía!  
 Quién viv !!  
 ¿Quién es el autor?  
 Quien mal anda mal acaba .  
 ¿Quién es el padre?  
 Rival y amigo.  
 ¡Rico... de amor!

Su imágen.  
 Similia similibus curantur, ó un  
 clavo saca otro clavo.  
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
 Sueños de amor y ambicion.  
 Sin prueba plena.  
 Se salvo el honor.  
 ¡Solo en el mundo!!  
 Santo y peana.  
 ¡Santiago y á ellos!

Tales padres, tales hijos  
 Traidor, infanoso y mártir.  
 Trabajar por cuenta ajena.  
 Todos unos.  
 Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuración fementina.  
 Un dómine como hay pocos.  
 Un pollito en calzas prietas.  
 Un buesped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Un par de guantes.  
 Una ráfaga.  
 Uno de tantos.  
 Una noche en Trifueque.  
 Un marido en suerte.  
 Una lección reservada.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 Un día de prueba.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una lección de córte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero.  
 Una broma de Quevedo.  
 Un si y un no.  
 Una Virgen de Murillo.  
 Una aventura de Tirso.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una lección de mundo.  
 Una guerra de historia.  
 Un señor de horca y cuchillo.  
 Una equivocación.  
 Un retrato á quema ropa.  
 Un cuerdo loco y un loco cuerdo

Ver y no ver.  
 Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de  
 Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

y Medoro.  
 e buena ley.  
 (Música.)  
 conti.  
 as feo.  
 noches, vecino.  
 el aventurero.  
 a la Gitana.  
 r Marte.  
 e D. Juan.  
 aborcaron á Quevedo.  
 ra ver.  
 Flora.  
 santo, ó el Alcalde pro-  
 ando.  
 ino.  
 o de una ópera.  
 ete.  
 ero y la maja.  
 onde.  
 del hortelano.  
 stro de un difunto.  
 ro.  
 o (drama lírico).  
 nó azul.  
 de carnaval.  
 lloa de la Rioja (Música).  
 to á escape.

El novio pasado por agua, (*Mú-  
 sica.*)  
 El diablo en el poder.  
 El esclavo.  
 El relámpago.  
 El Vizconde de Lelories.  
 El capitán español.  
 El último moné.  
 El leon en la ratonera.  
 El Zuavo.  
 El diablo las carga.  
 Farinelli.  
 Guerra á muerte.  
 Giralda.  
 Juan Lanas.  
 La lintera del Oidor.  
 La noche de á ninas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro  
 omnibus.  
 Las bodas de Jnanita. (*Música.*)  
 Los dos Flamantes.  
 La vergonzosa en palacio  
 La Dama del Rey.  
 La Colegiala.  
 La espada de Bernardo.  
 La cacería real.  
 Los conspiradores.  
 La modista.  
 La huérfana.

La Jardinera.  
 La hija de la Providencia.  
 La Roca negra.  
 Los jardines del Buen Retiro.  
 Loco de amor y en la córte.  
 Los diamantes de la Coroua.  
 La penstonista.  
 La guerra de los sombreros.  
 La venta encantada.  
 La loca de amor, ó las prisio-  
 nes de Edimburgo.  
 Mateo y Matea.  
 Mentir á tiempo. (*Música.*)  
 Marina.  
 Moreto. (*Música.*)  
 Nadie toque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por conquista.  
 ¡Quien manda, manda !  
 Simon y Judas.  
 Tres madres para una hija.  
 Tres para uua  
 Un sobrino.  
 Un día de reinado.  
 Un pleito.  
 Un cocinero.  
 Una guerra de familia.  
 Un Zapatero.  
 Un primo.

Recion de EL TEATRO se halla estable cida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,  
 gundo de la izquierda.

# PUNTOS DE VENTA.

---

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andrión
Ávila.....	Palomares.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Hered. <sup>a</sup> de Mayol.	Osuna.....	Montero.
idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellón.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando....	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	García Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	García.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian....	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Pujol.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Valencia.....	Moles.
Jaén.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.